

dos, acudían a los tribunales, se hallaban con que la ley, hecha exprofeso para beneficiar a las grandes compañías, les obligaba a presentar titulación rigurosa que nadie poseía. Los derechos posesorios eran desconocidos por el tribunal, y muchos propietarios que arrancaban su título de mercedes reales y muchas poblaciones que explotaban ejidos desde la época de la conquista eran arrojados de sus tierras, por medio de escoltas militares al servicio de las compañías deslindadoras, casi todas norteamericanas. Así se perdieron enormes zonas en Sonora y Sinaloa y en Chihuahua y Tamaulipas.

El recurso de los tribunales era nulo, además, por lo dispendioso de los litigios y porque la Suprema Corte de Justicia y aun los Juzgados de Segunda y Primera Instancia dependían directamente del Dictador, que en todos los casos importantes mandaba la consigna secreta, la orden para que el fallo se diese por consideraciones de política, en favor de los más influyentes y los más poderosos.

La administración de justicia, así corrompida, se convirtió en instrumento, no sólo de las grandes empresas, sino también del gran hacendado, que coludido con el gobernador, el Ministro, se apoderaba, sin recurso, de las tierras adyacentes a la suya, tierras de pequeños propietarios incapaces de defenderse o de comunidades indígenas cuya titulación defectuosa estaba, además fuera de la ley por virtud del Código de Juárez, que no reconoce personalidad a las congregaciones.

La tierra pasó así cada vez a menos manos.

En la industria, los monopolios más ilegales eran amparados por las autoridades más conspicuas. Gobernadores hubo como el de Chihuahua que llegaron a poseer toda la harina del Estado, y en seguida, para venderla a su gusto, impusieron contribución a las harinas procedentes de otras regiones. Así, en todos los órdenes, el privilegio y el abuso imperaban en medio del silencio más vil. Pues jamás hubo libertad de prensa. Siguiendo el sistema hipócrita que fué característico de la época, no se castigaba a nadie por delitos de prensa, pero los escritores independientes eran arruinados, eran encarcelados con fundamento de acusaciones falsas de orden criminal privado, o eran muertos a palos

quemados vivos, sin que la justicia se preocupara de castigar a los culpables, casi siempre señores poderosos que nombraban ellos mismos a los jueces. Como que ningún puesto, ni el de diputado al Congreso, fué en los últimos tiempos fruto de elección popular. Era sabido y aceptado que la lista de los diputados a Cortes, la formaba el Dictador con sus partidarios más serviles. Y a nadie asombraba que un señor cualquiera representase en la Cámara distritos que nunca había visitado.

Las cifras de la prosperidad porfiriana son, a primera vista, impresionantes. Las tomamos del libro de Bulnes, "El Verdadero Díaz". Las importaciones y exportaciones en mil novecientos diez excedieron de 499 millones de pesos. La balanza comercial, sin embargo, fué desfavorable en setenta millones de pesos. La minería produjo en 1910, la suma de 124 millones. La producción de cobre fué de 26 millones, lo que dió a México el segundo lugar como productor mundial de este metal. El petróleo dió trece millones de pesos, en 1911. Las inversiones de capital extranjero se calculaban a fines del porfirismo en tres mil millones de pesos. Las fábricas de tejidos eran 135 y daban trabajo a 33,000 obreros en los dos centros de Orizaba y Puebla, sostenidos ambos con capital inglés, francés, español y mexicano. La planta eléctrica de Necaxa desarrollaba 125,000 caballos de fuerza. Las reservas del tesoro ascendían a setenta millones. La moneda había alcanzado el precio fijo de medio dólar por peso... La impresión se reduce a su justo valor si comparamos estas cifras con las de la estadística argentina para la misma época.

En 1910, la Argentina, con una población de poco menos de siete millones de habitantes, o sea la mitad de la de México, tenía un movimiento de importación y exportación de ciento cuarenta millones de libras esterlinas, o sea más de setecientos millones de pesos, casi el doble de México, y si se considera la población, cuatro veces más que México, ¿en dónde está la causa de esta enorme diferencia? Simple y sencillamente en que la Argentina ya no tenía un Porfirio Díaz. A su último caudillo lo habían liquidado por los cuarentas y en vez de gobiernos militares, habían regido el país hombres capaces, designados por

el voto, como Sarmiento y Mitre y Sáenz Peña. Imagínese, pues, lo que hubiera sido el progreso de México sin los métodos dictatoriales abusivos del porfirismo. Para su normalidad, a México le faltaba una producción agrícola que nunca pudo establecer a causa de los latifundios improductivos y de los despojos de tierras, la inestabilidad agraria. Por eso se daba el caso de que aun el maíz era importado de los Estados Unidos.

En la misma era porfirista, el Brasil, gobernado democráticamente durante varias generaciones, dirigido por estadistas de la talla del Barón de Río Blanco, se había levantado a la categoría de la primera potencia latina del Continente, con territorio mayor que el de los Estados Unidos y una población de treinta millones de habitantes. Cosas semejantes pudo hacer México sin la plaga del militarismo que le hizo perder a California y lo ha tenido desgobernado durante más de una centuria.

Y, en resumen, al final de un siglo de Independencia, México había dejado de ser la primera potencia del Nuevo Mundo, como lo fuera en los siglos diecisiete y dieciocho, para caer al tercer o cuarto lugar, después de los Estados Unidos, el Brasil y la Argentina.

En cultura general también decae México durante el siglo diecinueve. Su tradición de antorcha del Continente latino ya no puede sostenerse, ante las grandes figuras sudamericanas de Sarmiento y Alberdi, Bello y Montalvo. El pensamiento se atrofia en las dictaduras. Gracias apenas a los poetas Gutiérrez Nájera, Othón, Nervo, Díaz Mirón y Urbina, México se salva de la mediocridad que en los demás ramos es la regla de la época. Los escritores más notables del porfirismo fueron Justo Sierra y Francisco Bulnes. Este último dejó obra considerable y plena de talento, aunque dañada por su servilismo a la tesis evolucionista, que era el dogma de la época. Justo Sierra inició tarea notable en educación pública, pero no pudo llevarla a cabo por falta de fondos y de autoridad.

En general, las instituciones de enseñanza, como Colegios y Bibliotecas, padecieron por causa de las leyes de Reforma, que les veda tener bienes propios. Y por causa del robo de conventos e iglesias. Pues resultó que en vez de construirse palacios

y edificios adecuados, como se hizo en todo el mundo, gracias a la ola de prosperidad de la época, nuestro país se conformó con alojar Bibliotecas, como la Nacional, en antiguos templos, magníficos para el culto, completamente inadecuados para sala de lectura y de estudio. Esto mismo ocurrió en materia de escuelas, hospitales, asilos. Con pocas excepciones, como el Manicomio General, el Hospital General y un Asilo de Pobres, todavía la mayor parte de nuestras instituciones de beneficencia y de educación se alojan en los bellos edificios de la Colonia que fueron todos edificios eclesiásticos admirables, con patios que invitan a la meditación, pero totalmente inadecuados a las necesidades modernas de higiene y trabajo. Tal es el resultado de construir sobre el despojo, sobre el atropello. Ni los despojados ni los despojadores se benefician y todo queda como impregnado de un corrosivo que anula los más bien intencionados esfuerzos. Mientras nosotros mal adaptábamos conventos robados, en Río de Janeiro, en Montevideo, en Buenos Aires, se levantaban construcciones suntuosas para la enseñanza.

Se obtiene una idea comparada del México porfirista y el resto del mundo, en ciertos relatos de viajeros, por ejemplo, el del francés argentino Groussac, que nos visitó a fines del siglo. Su libro, *Viaje Alrededor de la América*, relata los ocho días que pasó en la capital de nuestra patria. El estilo de Groussac es romántico y florido, bien tropical, pese a la tenacidad con que él atacaba a los otros de su propia tendencia, a la que llamó "el floripondio". Pero uno de sus raptos de lirismo se le puede perdonar por justiciero, y es cuando exclama más o menos: "¡Perdón, oh Diosa Libertad, porque te he ofendido!... Alguna vez, explica, he deseado para mi Argentina un gobierno fuerte, capaz de unificar a los partidos y de encauzar el progreso nacional... Pero después de pasar unos días en esta atmósfera de cuartel, en este pobre México silencioso y aterrorizado, me retracto y vuelvo a gritar: ¡Viva la Libertad!" Y se regocija de no tener que vivir en remejante ambiente, tan distinto del de la Argentina de su época. Hay en Groussac mucha insensibilidad artística, pues no encuentra una palabra de elogio, no advierte siquiera la hermosura de los edificios coloniales que no tienen paralelo en

el Sur, ni observa el panorama sublime de México, pero su sentido político de francés civilizado, descubrió en seguida la llaga. La llaga incurable del militarismo que, todavía en ciudades y pueblos, echa abajo de la acera a los transeúntes, porque en la casa que ocupa en tal o cual manzana, el General Jefe de las Armas, duerme la siesta y, mientras, un grupo de centinelas malencarados, recorre la acera con rifle y bayoneta calada al hombro.

No tiene razón Bulnes cuando, repitiendo la tesis evolucionista, imagina que en cada país y en cada época gobiernan los aptos. Lo que a nuestro pobre México caracteriza es la continuidad del gobierno de los ineptos. Constantemente la sociedad ha sido superior a su gobierno. Y esto se explica porque cada gobierno es una imposición del campo, y peor aún, una imposición de caudillos y demagogos que arrojan sobre las poblaciones civilizadas ejércitos de mercenarios indígenas analfabetos. Se portan entonces estos usurpadores peor que lo haría un ejército extranjero, pues no tienen liga alguna con la población urbana, ni siquiera la de la simpatía que el extranjero culto suele sentir por cada población nueva. Y toda nuestra población desarmada, es así la víctima perenne de tribus feroces, al servicio de aventureros. Armar a las ciudades para que no estén a merced de estas razzias seudo revolucionarias, es una necesidad y un remedio. El servicio militar obligatorio que acaba con el profesionalismo de la milicia, es, sin duda, otro de los más urgentes cambios.

En todo caso, el gran acierto de Madero fué advertir que la sociedad, al civilizarse, había rebasado a su gobierno, y exigía un gobierno según métodos cultos.

Y en la condena general que es preciso hacer del porfirismo, únicamente veo dos rasgos que aminoran su responsabilidad: La política de conciliación que, con todos sus defectos de hipocresía, produjo una tregua en la lucha religiosa, y el apoyo dado a la inmigración de los españoles que bajo el porfirismo volvieron a tener entre nosotros consideraciones y capitales, trato preferente y patria.

Por haber roto en estos dos puntos esenciales el programa de Poinsett, puede declararse que, con todos sus crímenes, fué

el de Díaz uno de los pocos gobiernos mexicanos que hemos tenido desde la Independencia.

No persiguió curas ni gachupines; al contrario, procuró incorporarlos a nuestra convivencia. En esto reveló Díaz su mexicanidad, su patriotismo, su casta no corrompida por el morbo extranjero.

La serie de los negocios torpes y escandalosos del porfirismo es inenarrable, según los propios apologistas del régimen: (Bulnes. "El Verdadero Díaz"). Casos hay como el de la desecación de la Laguna de Xico, enorme despropósito que originó el derroche de siete millones de pesos en beneficio de un favorito y no logró contrariar la obra de la Naturaleza que había creado aquel vaso natural, cuyo empleo en la irrigación de tierras libres, un poco más abajo, era obvio. También sobre la pretendida honestidad de Limantour se dan en el libro de Bulnes testimonios como el de la quiebra Jacobi, a que el gobierno hizo frente para salvar el Banco de Londres y México, en el cual estaban interesados personajes de la administración. En el caso de los Bancos de Yucatán, el mismo Limantour, desoyendo el consejo honorable de D. Olegario Molina, hombre rico, capaz y amigo del régimen, autorizó la emisión de varios millones de billetes, sabiendo que las instituciones de referencia no podrían cubrirlos. Pero en la operación estaba interesado el hermano de Limantour. Las negociaciones ya mencionadas de la casa Scherer-Limantour, en la conversión de la deuda de los ferrocarriles, hubiera determinado en cualquier país de prensa libre, la caída del Ministerio. En México, todavía a la fecha hay quien aparenta ignorar estos sucios manejos del mejor financista de aquel régimen podrido. Y sobra quien dé como excusa el hecho de que quizás el Dictador no se dió cuenta, no pudo evitar estos fraudes colosales. Suponiéndolo así, la única conclusión legítima es que no debe nunca un país entregar sus intereses a la incapacidad, la irresponsabilidad de un Dictador inculto que no tiene más recurso que dejar la solución de los problemas del gobierno a segundones que nunca son ni de gran capacidad ni de gran honestidad, porque los hombres de primera huyen del tirano como de la peste.

FRANCISCO MADERO

Era de pura raza española; de estatura corta, de rostro barbado, de ojos grandes y luminosos, frente noble, gesto bondadoso y enérgico. Lo distinguía un trato sencillo y afable. Su pensamiento claro, profundo, se expresaba en frases precisas, nerviosas, rápidas. Viéndolo moverse en la pantalla del cinematógrafo, recordamos el tipo de esos políticos franceses, encumbrados a fuerza de talento y de honestidad. ¿Era un extraño en el medio nuestro en que el político de éxito ha de ser mudo y tortuoso como Porfirio Díaz, insensible y torvo como Plutarco Elías Calles?

Lo cierto es que Madero rompió una tradición, pero no logró crear una nueva. Con él nace y se extingue la esperanza de que aparezca un México dirigido por el espíritu, gobernado por la inteligencia al servicio del patriotismo. Los antecedentes de Madero también son distintos de los de todos los presidentes anteriores. Ni general ni licenciado, pero más valiente que los generales y más despejadamente inteligente que todos los licenciados de su tiempo, su educación es la del hombre de empresa, creador de bienes en la industria, productor en los desiertos nórdicos. Su abuelo, Evaristo Madero, ganó tierras a los indios bárbaros, creó poblaciones, inició cultivos, sembró vides, improvisó talleres. El padre, los tíos, los hermanos, fueron hombres que crearon riqueza. No ricos a la manera colonial mediante la explotación del trabajo ajeno en el latifundio, sino en la forma moderna del pionnier y el constructor, que enriquecen a otros al enriquecerse y aumentan los recursos de la zona en que viven. El mismo Francisco Madero, después de cursar la segunda enseñanza en Saltillo, en el colegio de los jesuitas, en Francia en

un Liceo, en California en una Universidad, regresó a México y sembró algodón; tuvo éxito, reunió una pequeña fortuna. No le ocurrió lo que a la mayor parte de los políticos y los generales, que del fracaso en la vida privada y de la más absoluta impreparación, saltan a los altos puestos del ejército y de allí al gobierno. Y aprenden a leer cuando llegan a Ministros, como se vió durante la administración callista. Tampoco había en Madero una sola fibra del dueño de la encomienda colonial, del terrateniente de la era porfirista, implacable con la peonada, codicioso en la merma del jornal, espléndido, despilfarrado en la juerga y los vicios. Se casó joven y no parece que las pasiones eróticas hayan perturbado su vida de modo anormal. En su rancho, no sólo mantenía satisfecho al labrador con el buen trato y el buen jornal, sino que, llevado de cierto franciscanismo que dominó toda su vida, él, como propietario, comía legumbres, dormía en modesto lecho, pero sostenía en la finca una especie de hotel de pobres donde se daba cama y comida a todos los jornaleros que pasaban por la región, necesitados.

La conciencia del deber cívico y la dignidad varonil lanzaron al propietario filántropo a la política. Por honrado y culto, lo eligieron sus vecinos candidato a Alcalde. Pero no contando con la venia del Agente Político de la Dictadura, la elección ganada fué desconocida, negada por el gobierno. Este fracaso abrió los ojos del joven ciudadano. ¿Cómo iba a ser posible que México prosperara, al lado de los Estados Unidos, si en los Estados Unidos la libertad era la regla y en México la mentira, la deshonestidad, el abuso eran los métodos? En los últimos años del porfirismo, la prosperidad era general. Sobraba el dinero y crecían cada año las cosechas de algodón en la zona lagunera, por Torreón y por San Pedro, la tierra del joven patriota. Y, sin embargo, no se construían ciudades, no existían los servicios públicos, no había escuelas ni hospitales. ¿Cuál era la causa de esta desigualdad entre el progreso de la sociedad y la acción gubernamental? Seguramente el régimen de dictadura que hace imposible la responsabilidad de los funcionarios, que cobija el mal y desdeña la conducta recta. México podría ser una gran nación, se repetía el patriota, con tal de que su sistema de go-

bierno alcanzara la altura de su desarrollo moral, espiritual y económico. A la economía de la encomienda, del latifundio, acaso correspondía todo aquel militarismo de Santa Anna a Porfirio Díaz; pero el renacer de la clase media, la aparición de la industria, los ferrocarriles, la vida moderna del país, todo estaba exigiendo una transformación del gobierno de la dictadura a la democracia.

En sus viajes por el extranjero, en el París de la colonia latinoamericana, Madero había tratado argentinos, colombianos, chilenos. Por ellos sabía que los países del Sur habían padecido también el caudillaje militarista pero lo habían liquidado. Y, ¿por qué sólo México no habría de realizar un progreso que ya la Argentina llevaba cuarenta años de haber cumplido? Era menester remover al país para que tomase conciencia de sus problemas; era preciso sacudir aquel ambiente de multitudes adormecidas ante los falsos prestigios del ídolo zapoteca que era Porfirio Díaz. Era menester predicar la buena nueva de la democracia, que iguala a los hombres ante el derecho, lo que ya es un paso cristiano y fecundo hacia la justicia; la buena nueva de la libertad, sin la cual no es posible ningún progreso verdadero. Poner en acción la democracia y crear la libertad. Esta era la primera necesidad del México porfirista.

Eso por lo pronto, y después, la reforma social en lo económico, en lo político y lo moral. Despertar el alma de la nación o crearle un alma a la pobre masa torturada de los mexicanos. El propósito inicial de Madero era muy distinto del de todos sus predecesores en la política nacional. Pues no predicaba Madero venganzas ni era un resentido. Pertenecía a la clase acomodada y bien pudo disfrutar de una larga exigencia sibarita o simplemente serena y dichosa. Pero aspiraba a más que a la dicha propia; lo movía el amor de sus compatriotas. Y fué el primero que no empezó su predicación lanzando "mueras". El horrible grito negativo de toda nuestra historia, el "mueran los gachupines" de Hidalgo y Morelos, que se había de transformar en el "mueran los reaccionarios" o "mueran los liberales", de la época posterior, y en los mueras de todas las oscuras contiendas que se han sucedido hasta la fecha, no ensució los labios del maderis-

mo. No se propuso Madero halagar a chusma alguna. No trató de lanzar a una clase contra otra; no era de la familia de los destructores. Dirigía su llamamiento a la clase inteligente y laboriosa de la población. Y fué el primero que para hacer la recluta de sus partidarios, dividió a la sociedad en buenos y malos, no en secuaces de banderías más o menos turbias. Y solicitó el concurso de los patriotas, los nobles de espíritu, los civilizados; los otros pronto quedarían reducidos a impotencia; avergonzados de sí mismos, condenados a caer con su pasado de odios, privilegios, injusticias. A puertas abiertas y con la mano tendida empezó su carrera, sin gritos de exterminio como el "grito de Dolores", sin pronunciamientos como los de Iturbide, Santa Anna, Porfirio Díaz. Nada de conspiraciones en la sombra; todo su corazón lo abrió a la luz y resultó que toda la República le cupo dentro. Madero edificó su posición de caudillo, pronunciando discursos. Y fué el primer político civilizado en nuestra pobre patria caída desde hace siglos en la angustia.

En 1908, al acercarse la sexta reelección, Díaz declaró a un periodista extranjero "que no aceptaría una nueva reelección; que ya era tiempo de que el pueblo mexicano tomase en sus manos su destino y que la misma oposición debería organizarse con un programa nacional". Hizo estas declaraciones para quedar bien ante la opinión extranjera y porque sabía que sus aduladores se apresurarían a rogarle que aceptara de nuevo el mando. Así lo hicieron, en efecto, los gobiernistas, publicando súplicas. En seguida, al periodista mexicano D. Filomeno Mata, que pidió a Díaz una entrevista para ratificar lo dicho al corresponsal yankee, le contestó Díaz que "sí figuraría como candidato reeleccionista". La respuesta la mandó por carta, pues no se dignaba recibir a los periodistas mexicanos. La mezquindad del dictador se vió patente cuando rehusó la propuesta de ciertos elementos opositoristas que se conformaban con que hubiese libertad para elegir al Vicepresidente. No podía, en realidad, una tiranía ceder en un punto, sin que su autoridad se viniese abajo del todo. Pero los reyistas, facción gubernamental disidente, siguieron soñando. Se necesitó que el candidato vicepresidencial moderado, el general Reyes, fuese desterrado, para que el país se convenciera de que no había más camino que el señalado por

los antirreeleccionistas intransigentes: la lucha directa contra el déspota. Por su parte los porfiristas leales y los "científicos" adoptaron la candidatura vicepresidencial de un sujeto de malos antecedentes apellidado Corral.

La desertión de los reyistas del campo opositorista dió a Madero su oportunidad. El país ansiaba cristalizar sus anhelos de liberación. Un libro de Madero, "La Sucesión Presidencial", vino a plasmar opiniones. Sostiene este libro la necesidad de que México se incorpore al régimen de la democracia. Incitaba al pueblo a renunciar a su apatía y a tomar parte en la lucha cívica. Y era tal su moderación, que aceptaba que Díaz se reeligiese, con tal de que tolerase la libre elección de un Vicepresidente. Pronto la prédica de Madero pasó del libro al mitin y al diario. En San Pedro, Coahuila, en Torreón y en la Capital, se organizó el Partido Antirreeleccionista con una directiva de ciudadanos nuevos en política: Madero, los licenciados Emilio Vázquez Gómez, Luis Cabrera, Federico González Garza, Roque Estrada, José Vasconcelos. En una jira política por los Estados, la primera en la historia democrática de México, Madero creó un verdadero partido independiente, dejando directivas en cada ciudad y en cada aldea. Tanto creció el movimiento, que Díaz tuvo una entrevista con Madero en la que pretendió engañarlo. De esa entrevista Madero salió resuelto a dirigir sus ataques directamente contra el Dictador. Se acostumbraba entonces acusar a algún Ministro de los males reinantes, pero dejando siempre a salvo la persona de Díaz. Este había sido el método de los reyistas, empeñados en atacar a los científicos. Madero inició una campaña de verdad y de franqueza. Señaló a Díaz como el verdadero culpable. La oposición se amedrentó primero, pero en seguida ganó la fuerza que se deriva de la verdad. Despertó el antiporfirismo. Entonces Díaz recurrió a la única arma que conoce la bestia política que hay en todo Dictador: el atentado. Encarceló a Madero después de uno de los discursos de éste en San Luis Potosí, meses antes de las elecciones, y no obstante que una Convención antirreeleccionista lo había hecho candidato a la Presidencia. Se verificaron las elecciones y Díaz y Corral fueron declarados vencedores por mayoría aplastante, mayoría,

por supuesto, falsificada. Pero en esta ocasión, gracias a la prédica maderista, los polizontes de la dictadura tuvieron que destruir las papeletas, con el voto de los maderistas. En anteriores reelecciones nadie acudía a las urnas. Ahora era evidente que se había violado el voto. Y esta violación sería el pretexto legal para el movimiento de protesta armada que se preparaba. Una nueva legalidad se había creado. Los opositores a las reelecciones anteriores no habían logrado dar a su protesta el carácter de defensa de la acción democrática atropellada. Aparte de eso, los antiporfiristas de 1906, por ejemplo, encabezados por los hermanos Flores Magón, habían complicado la lucha cívica con programas de tinte anarquista, escuela Barcelona-Chicago, que alarmaban a la parte consciente de la nación. Madero supo formular un programa de clase media, un plan factible dentro del cual cabían todos los ciudadanos. Se llamó el Plan de San Luis. Establecía el respeto al sufragio y la no reelección presidencial, la restauración de las libertades públicas, el derecho de asociación de los obreros, la protección al trabajador, violentamente atropellado por Díaz en las huelgas recientes de Orizaba y Puebla. Preconizaba, además, la destrucción de los latifundios mediante la venta forzada de un tercio de su extensión; fomentaba la pequeña propiedad; prometía la restitución de las tierras ocupadas por las compañías deslindadoras. Y ponía término a la política de concesiones y despilfarros de los recursos de la nación a favor de negociantes extranjeros.

Escapando a sus cancerberos en San Luis Potosí, Madero se refugió en los Estados Unidos. Desde allí incitó al pueblo a la rebeldía. Respondieron al llamado grupos de rancheros y patriotas aislados de las ciudades. Aquiles Serdán en Puebla resistió en su casa a toda la guarnición porfirista y la tuvo en jaque durante todo un día con cinco compañeros y dos mujeres de su familia. Cayeron todos los hombres acribillados pero el país se conmovió. En el campo iniciaron la lucha Pascual Orozco y Francisco Villa, en Chihuahua; los Figueroa, en Guerrero; Moya, en Zacatecas; Bracamontes y Maytorena, en Sonora; los Gutiérrez, en Coahuila. Pronto Madero pudo entrar al territorio nacional para ponerse al frente de un grueso núcleo rebelde. Ante el empuje de la opinión, más bien que por desastres milita-

res, Porfirio Díaz, asustado por los gritos de la plebe que se aglomeraba frente a su casa, presentó la dimisión el 25 de mayo de 1911.

Los revolucionarios habían capturado a Ciudad Juárez a sangre y fuego, estableciendo en dicha plaza un gobierno provisional. En consonancia con la renuncia de Díaz, Madero dimitió como Presidente provisional, y se creó un gobierno interino encabezado por un diplomático del porfirismo, el señor De la Barra, cuya única misión era convocar a elecciones. Al gabinete del señor De la Barra entraron ministros maderistas. Porfirio Díaz se embarcó rumbo a Europa y Madero hizo su entrada triunfal de caudillo de la democracia mexicana, en la ciudad de México, el día seis de junio de 1911.

Aparentemente todo había cambiado. En las elecciones inmediatas, Madero no tendría contrincante. Pero el ejército porfirista había quedado en pie. Y el Presidente Provisional, De la Barra, ligado con el viejo elemento, se empeñaba en licenciar a las fuerzas maderistas, les corría desaires, las colocaba de modo que los choques con los federales fuesen inevitables. Un grupo de rebeldes del Sur, encabezado por Zapata, se negaba a reconocer a De la Barra. Madero quiso intervenir, pero sin éxito, y se abrió campaña militar cruel, contra los zapatistas. Entretanto, se organizaban partidos políticos, como el católico, que aun reconociendo a Madero como candidato presidencial pretendía imponer a De la Barra como Vicepresidente. Para contrarrestar la intriga, la ambición de los vencidos, se creó el Partido Constitucional Progresista con los leales a Madero. Tuvo necesidad este Partido de eliminar al Dr. Vázquez Gómez como candidato vicepresidente, porque habiéndose declarado el doctor enemigo personal de Madero, no era justo ni democrático crear un gobierno dividido de antemano, ni obligar a Madero a gobernar con un rival. Se sustituyó en la Convención al Dr. Vázquez Gómez con Pino Suárez, y esta maniobra perfectamente legítima dentro de los métodos usados en toda democracia, fué aprovechada por la oposición porfirista para envenenar al pueblo con la patraña de la imposición. Que en este caso no lo era, sino libre y legítima conveniencia del partido que sería

gubernamental. Se verificaron pacíficamente las elecciones en octubre de 1911 y De la Barra se retiró del poder, no sin haber dejado bien sembrada la semilla de las discordias futuras.

Uno de los más grandes errores de Madero fué el haber continuado licenciando las fuerzas irregulares que le habían dado el triunfo, quedando, en consecuencia, a merced del viejo ejército porfirista. Por tacañería administrativa no se dió a los licenciados ni siquiera una compensación adecuada a sus servicios. Nada tiene de extraño, pues, que pronto estallasen las sublevaciones. Haciéndose eco del descontento de los ex revolucionarios, y seducido por la intriga de los porfiristas, Pascual Orozco se rebeló en Chihuahua. Pronto fué vencido, pero la columna de ejército encargada de batirlo, a las órdenes de Victoriano Huerta, llegó a constituir peor amenaza que la misma sublevación.

Otro gran error del partido maderista, en el que Madero no tuvo culpa, fué la poca honradez de la mayoría parlamentaria, toda maderista, al calificar las credenciales de la minoría opositora. A los católicos, que hubieran sido buenos aliados del maderismo, se les cercenó la representación al Congreso. La libertad de prensa, que pronto llegó al libertinaje, no sólo abultó los errores del gobierno, sino que se empleó en la calumnia, el descrédito de la administración. Los grandes diarios, al servicio de los anunciantes extranjeros abrieron campaña virulenta contra el nuevo régimen porque éste abolió monopolios y granjerías. Así, por ejemplo, en tiempos de Limantour, todas las máquinas de escribir del gobierno debían comprarse a precio sobrecargado, a cierta empresa extranjera que abonaba comisiones a los funcionarios. Madero ordenó que todas las compras se hicieran por remate público. Y el negociante perjudicado, dueño o accionista del principal periódico en inglés de la ciudad, se convirtió en jefe de la pandilla extranjera antimaderista. Pronto la Legación Americana se convertiría en el centro de las conspiraciones, irritada por la primera disposición agraria de Madero que fué: *la prohibición de enajenar terrenos nacionales a un solo individuo o empresa, en extensión mayor de cinco mil hectáreas*. Esta disposición, que echaba abajo toda la política porfirista en materia agraria, colocó al elemento extranjero en oposición violenta contra el nuevo régimen.

Los calumniadores de la tribuna y la prensa acusaban a la revolución maderista de haber sido financiada por petroleros americanos. Lo cierto es que la "Standard Oil" fracasó al pretender llevar adelante un contrato de oleoducto. "El Aguila" empresa inglesa que se había hecho multimillonaria a la sombra del porfirismo, advirtió también en seguida que ya no habrían más concesiones de zonas inexploradas enormes, y puso su influencia del lado de los enemigos de Madero. El mejor mentis a la calumnias de la ayuda extranjera para la revolución maderista está en el hecho de que no otorgó Madero, en todo su gobierno, un solo contrato ventajoso para alguna gran empresa yankee. ¡Sin duda por eso, todas le fueron adversas!

Para resolver el problema agrario y dar tierras a los que las necesitaban y para restituir las despojadas, nombró Madero una Comisión Agraria que, de haber perdurado, hubiera resuelto el problema en términos prácticos y justos, sin las confiscaciones arbitrarias y el caos que han venido después. Sin embargo, el no prestarse a la política de despojos, fué motivo para que los malvados acusaran a Madero de traicionar el programa agrario de la revolución.

Al amparo de las libertades maderistas se crearon en México las primeras uniones obreras, como la de los ferrocarrileros y las de los obreros textiles de Orizaba y Puebla. El gran capital extranjero, alarmado, se puso contra Madero. No supo ver que la caída de éste provocaría una reacción popular vengativa y extremista. Las clases privilegiadas añoraban el porfirismo y no podían imaginar para México otro sistema de gobierno que el de la fuerza bruta empeñada en someter a esclavitud a catorce millones de seres, en beneficio de la aristocracia México-extranjera de no más de veinte mil propietarios feudales. Y en vez de adaptarse a la nueva situación, lo que les habría salvado buena parte de sus intereses, se dedicaron a minarla. ¡Otro hombre fuerte, un Porfirio Díaz joven, tal era la esperanza de los enemigos de la patria!

El clero se distanció de Madero, no porque éste atentara contra las prácticas benévolas que se habían conquistado al amparo de la política porfirista, sino porque Madero no reprimía

las prédicas anticatólicas de ciertos agitadores. No reprimió Madero ni las prédicas ni los escritos dirigidos contra su persona y sus familiares, porque entraba en su programa el más escrupuloso respeto a la emisión del pensamiento.

Los Tribunales, libertados de la consigna porfirista, purificados en su personal, funcionaron con mayor equidad que en ninguna otra época de la historia de México.

El presupuesto de Educación Pública, que en tiempos de don Porfirio no pasaba de ocho millones, llegó a trece en el segundo año incompleto de la administración maderista. Y la acción de la Secretaría se extendió a la población rural, por primera vez desde la época de los misioneros.

En materia hacendaria, Madero continuó la política de Liantour de acercamiento a Europa, más bien que a los Estados Unidos. Las tarifas equitativas hacían de las ciudades mexicanas centros cosmopolitas a donde concurrían los productos de toda la tierra con ventaja cultural manifiesta sobre los Estados Unidos, cuyas tarifas exageradas, excluyendo lo europeo, imponen las imitaciones, los productos inferiores de la localidad.

Bajo una administración moralizada, destruidos los monopolios, la industria florecía legítimamente y la prosperidad beneficiaba al mayor número.

En toda la historia de México nunca hubo gobierno más autónomo, más respetuoso de la libertad, más ajeno a toda la influencia extraña, que el gobierno de Madero.

Era Madero creación de la nacionalidad. Por lo mismo, dependía del pueblo, es decir, de la masa entera de los mexicanos y no del ejército, no de las logias, no de ningún poder oculto inconfesable.

Por primera vez en cien años, México disfrutaba un gobierno que desconocía, repudiaba, ignoraba el plan Poinsett.

Pues hasta una idea de Alamán revivió en la mente de Madero y fué la política de acercamiento con las naciones de Centro y Sudamérica. Por primera vez bajo Madero, las representaciones diplomáticas de la América española tuvieron personalidad; ya no fueron un mero aditamento decorativo de las ceremonias

en que toda la atención la captaba el Embajador de Norteamérica. Más mexicano que Juárez, que nunca lo fué, más mexicano que Díaz, que lo fué a medias, de Madero puede decirse que fué el primer Presidente mexicano por la sangre y por el plan, orientado todo al beneficio de la nación, sin otro límite que el respeto de los derechos legítimos del extranjero.

Nada de esto convenía al Poinsett de la Embajada, que se llamaba por el momento: Henry Lane Wilson. Los negociantes yankees, el periódico yankee "The Mexican Herald" y la Embajada misma se convirtieron rápidamente en focos de agitación. Desde ellos, los antiguos porfiristas propagaban el descontento, preparaban el estallido armado.

No era posible derrocar a Madero por las armas. Dos revoluciones fuertemente apoyadas, la de Pascual Orozco y la de Zapata, sabían terminado en el más sonado fracaso. El país estaba en paz, sin necesidad de los métodos del terror porfirista; muy al contrario, con desprecio y negación de tales métodos. Una creciente ola de prosperidad volvía el futuro sonriente. No era tiempo de pensar en el hombre que sucediera a Madero en la presidencia, pero era evidente que estaba liquidada la era de los presidentes generales ignorantes y de los caudillos del zafarrancho y la montonera. El sucesor de Madero tendría que ser un hombre culto y preparado en la ciencia de las escuelas y la experiencia del mundo, podría resolver los problemas complicados del estado moderno. Gracias al movimiento maderista, México había entrado por fin al sistema de gobierno de los países sudamericanos, que como la Argentina y como Colombia o el Perú, excluyeron a tiempo a la barbarie del mando y crearon regímenes de nación civilizada. En lo de adelante la ley sería la norma. Y los más cultos, los más honestos, los más virtuosos conforme al patriotismo, serían también los ejecutores, los depositarios del mando.

Nada de esto convenía a los que todavía disfrutaban las grandes fortunas, los negocios deshonestos de la era porfirista. Tampoco complacía tal expectativa a los políticos despechados, a los militares ambiciosos, a la hez social que, con el imperio de la ley, perdía ocasiones turbias y quedaba al borde de la cárcel.

A la política poinsetista tampoco convenía un México regenerado, civilizado; un México que pondría atención al problema de la conservación de los recursos nacionales, la distribución de la riqueza entre los hijos del país y la justicia para todos. Con un gobierno civilizado y patriota como el de Madero, las leyes de Reforma también tenían los días contados. La rama *filosófica* del poinsetismo se hallaba, pues, inquieta. Y se juntaron todos los morbos, y reconociendo que de por sí eran impotentes resolvieron cobijarse bajo el poderío de la nación que nos ha estado enviando a los Poinsett. Allí estaba el Poinsett de la hora dispuesto a salvar la obra del primero. En la Embajada Americana, bajo la presidencia de Henry Lane Wilson, empezaron a reunirse los conspiradores.

Al tener de ello noticia, Madero se alarmó; después pensó que no tenía el caso mayor importancia porque faltaban apenas unos meses para la toma de posesión de Woodrow Wilson, recién electo candidato demócrata. En los Estados Unidos, la opinión de las mayorías, siempre generosa, se inclinaba en favor de Madero y del nuevo régimen. Comprendían instintivamente los norteamericanos de buena fe, que un México regenerado, progresista, sería mejor vecino y buen amigo que un México salvaje, sometido a despotismos crudos. Desde luego, no es toda la nación americana quien apoya la política desintegradora de los Poinsett. El mismo Presidente electo, Woodrow Wilson, estaba ya en correspondencia amistosa con Madero. Y éste pensaba: el primer favor que pediré a Woodrow Wilson es el retiro del Embajador Henry Lane Wilson. No contaba con que también, del lado de sus enemigos, había prisa por aprovechar los servicios del Embajador que, por lo mismo que se había condenado al retiro quería aprovechar sin escrúpulos el último momento de su gestión. Y así fué como pocas semanas antes de la toma de posesión de Woodrow Wilson, se concertó el "Pacto de la Ciudadela", discutido y firmado en las oficinas de la Embajada.

Los dos caudillos que la oposición enfrentaba a Madero, el general Bernardo Reyes y Félix Díaz, estaban presos en la Penitenciaría de México, después de haber sido derrotados vergonzosamente, el primero en Tamaulipas, el segundo en Vera-

cruz. Madero había perdonado la vida de ambos, fiel a su resolución de no imitar los métodos sanguinarios que han manchado nuestra historia. Otro de los jefes del ejército porfirista, Manuel Mondragón, había sido perdonado también por Madero, que lo absolvió de un antiguo proceso por malversación de fondos. Se hizo este Mondragón el cerebro de los conspiradores. El nueve de febrero de 1913, dos regimientos de Tacubaya y los cadetes de la Escuela Militar de Tlalpan, asaltaron la Penitenciaría para libertar a Félix Díaz, después de sacar de la prisión de Santiago Tlaltelolco a Bernardo Reyes, y en seguida, al frente de las tropas, atacaron el Palacio Nacional. Una escasa guardia reunida de prisa bastó para ponerlos en fuga, quedando muerto sobre el asfalto el general Reyes. Los sublevados, con Félix Díaz y Mondragón a la cabeza, lograron refugiarse en la Ciudadela, mediante la complicidad de algunos jefes de dicho centro militar.

El Palacio quedó en poder de Gustavo Madero, que avisado de la situación, se había introducido en la madrugada para organizar a los defensores. El general Lauro Villar, jefe de la Plaza, leal soldado, quedó mal herido en el breve combate. A las pocas horas, el Presidente Madero, seguido del pueblo que lo aclamaba, atravesó de Chapultepec a Palacio, a caballo, instalándose en el despacho presidencial. Después de lo cual la ciudad quedó tranquila, el país estaba en paz. La rebelión había fracasado. Los seiscientos o setecientos hombres que seguían a Félix Díaz se vieron cercados, aprisionados en el edificio de la Ciudadela, sin esperanza de auxilio, puesto que nadie respondió a su llamado de rebelión en ningún sitio del país. Hubiera sido cuestión de dos o tres días lograr la rendición incondicional de los felicistas, si no fuese porque circunstancias funestas se atravesaron, determinaron la caída del régimen más ilustre de toda la historia nacional.

A la herida de Lauro Villar, se atribuye, no sin razón, el cambio inesperado y trascendental de los acontecimientos. Para reemplazar al general Villar, Madero contaba con jefes adictos como el general Angeles, pero la situación era urgente, y Angeles se hallaba en el Estado de Morelos concluyendo la pacificación después de derrotar a Zapata. Entre los que se presenta-

ron a ofrecer su espada al gobierno, estaba Victoriano Huerta, el de la campaña victoriosa contra Pascual Orozco en Chihuahua, y a quien todo el mundo señalaba como envidioso, desleal y comprometido en la conspiración acabada de fracasar. Madero no tenía en contra de Huerta ninguna prueba y sí, al contrario, existían públicas y reiteradas expresiones de una lealtad que se había demostrado antes con hechos. En un momento decisivo para su vida y para el destino del país, Madero consumó la prueba peligrosa de armar a Judas, entregándole su confianza.

El Judas Huerta sonrió, abrazó públicamente a Madero y tomó el mando del Palacio, el mando de la Plaza; en seguida, con el pretexto de que necesitaba fuerzas suficientes para atacar a los sublevados, empezó a ordenar movimientos de tropas en todo el país; todo bajo la tolerancia inepta de un Ministro de Guerra que no supo cumplir con su deber. Y así comenzó la llamada Decena Trágica. Días de angustia nacional y de incertidumbre y confusión, pues nadie se explicaba que el ejército entero, y las fuerzas auxiliares y el gobierno todo, estuvieran impotentes y dedicados a tiroteos esporádicos, en contra de un grupo de ochocientos hombres encerrados en una posición que un par de cañones modernos, podía derribar en unas cuantas horas. Una explicación del enigma es que la diplomacia intervino en auxilio de los alzados. El Embajador Lane Wilson envió la advertencia de que se consumirían desembarcos de marinos yankees en Veracruz, si un solo americano era muerto o molestado por el combate que se desarrollaba en el corazón de la ciudad.

Mientras tanto, Huerta metió a Palacio tropas adictas, dejando a Madero convertido en prisionero de hecho. En uno de los asaltos a la posición de los sublevados, Huerta usó dos regimientos de auxiliares maderistas; los lanzó a caballo, a media calle para que fueran ametrallados por los defensores de la Ciudadela, que, previamente advertidos lograron acribillarlos. La traición fué tan patente que el público empezó a desconfiar y circularon por el país las especies más contradictorias: Que ya no era Félix Díaz el jefe de los enemigos del Gobierno, sino el propio Huerta, que tenía preso a Madero, y concentraba tropas en la capital para hacerse definitivamente del

mando. En efecto, en esos días surgió el Pacto de la Ciudadela. Representantes de Victoriano Huerta y de Félix Díaz se reunieron durante la noche en la Embajada yankee y formularon un convenio de rufianes: La lucha seguiría en la ciudad simulada, en tanto llegaban fuerzas desleales, como las de un tal Aureliano Blanquet, y otras que servirían para imponerse a los del Gobierno. Madero sería obligado a renunciar. Victoriano Huerta quedaría de Presidente interino y Félix Díaz se presentaría candidato a las elecciones que deberían verificarse pocos meses después. Para preparar el ánimo del público se hacían correr versiones alarmantes, se exasperaba a la población con tiroteos que causaban gran cantidad de víctimas entre los no combatientes.

Y el Embajador en persona enseñó su juego cuando, unido a buena parte del cuerpo diplomático, empezó a exigir la renuncia de Madero a la Presidencia. Quizá no hay en toda la historia de América un caso más peregrino. El Embajador de Estados Unidos, apoyado por los navíos de guerra fondeados en Veracruz y en Tampico, reclamó públicamente la renuncia del Presidente, con el pretexto de que los combates por la posesión de la manzana de casas de los sublevados en la Ciudadela *ponían en peligro la vida de los vecinos del barrio extranjero de la ciudad.*

A todas estas exigencias inicuas, Madero contestaba con la mayor firmeza, con heroísmo cívico nunca superado en nuestra historia. Jamás ninguno de los Poinsett que nos han gobernado, escuchó palabras más levantadas y serenas, más justicieras y dignas. Pero así como el primer Poinsett contó con un Zavala, para preparar la conquista de Texas, el Poinsett Henry Lane, disponía nada menos que del general en jefe de todo el ejército nacional, Victoriano Huerta, el incalificable beodo de la más negra página de nuestra historia lamentable. Disponía también Henry Lane de un grupo de senadores, políticos corrompidos del viejo régimen porfiriano que se sumaron al cuerpo diplomático para pedir la renuncia de Madero. La intervención de estos senadores daba a Victoriano Huerta, la sombra de justificación legal que la infamia necesita para hacerse presentable. En la tarde del dieciocho de febrero, horas después de que los senado-

res habían pedido la renuncia, Victoriano Huerta de por sí y ante sí, mandó aprehender al Presidente. No se atrevió a hacerlo en persona. Comisionó al coronel Jiménez Riveroll, que acompañado de una escolta penetró a la Sala de los Consejos de Ministros. En el momento en que intentaba apresar al Presidente, el oficial de Estado Mayor, Garmendia, en cumplimiento de su deber, mató a Riveroll. La escolta hizo fuego sobre el grupo de civiles que rodeaban al Presidente, matando a un particular y retirándose. El primer episodio del crimen quedó a favor de la justicia, gracias a la valentía de un buen soldado. Otros muchos, sin duda, se hubieran afiliado al Presidente de haber podido hacerlo, pero ya era tarde. Al intentar Madero abandonar el Palacio el general Blanquet, cómplice de Huerta y hombre de antecedentes sombríos (según fama, el que pegó el tiro de gracia a Maximiliano), puso enfrente de Madero todo su batallón; luego, amenazándolo con la pistola, lo obligó a rendirse, lo llevó preso al cuarto de guardia del Palacio.

Pocas horas antes, Gustavo Madero, invitado a comer por Huerta en un restaurante del centro, fué plagiado y entregado a los sublevados que lo asesinaron después de mutilarlo y vearlo.

Tan pronto Madero y los Ministros quedaron presos, Huerta mandó tocar las campanas de la Catedral y salió al balcón de Palacio. Habló a las pocas gentes que allí se reunieron, expresando que había destituido al Presidente, *por convenir así a la patria*, y que se hacía del mando y mandaría abaratar las provisiones, obsequiar al pueblo. El hombre estaba borracho, según su hábito. A las pocas horas, Félix Díaz abandonó la Ciudadela al frente de sus tropas y en desfile macabro, atravesó la Ciudad, entre los aplausos de la pseudoaristocracia corrompida, desecho del porfirismo. En Palacio se abrazaron los dos felones.

Los diputados al Congreso, convocados a punta de bayonetas, sesionaron esa noche para legalizar la situación creada. Madero consintió en firmar su renuncia, por fuerza mayor y porque se le prometió que sería respetada la vida de sus partidarios a cambio de su sacrificio político. No supo que horas antes había sido victimado su hermano. Entre los diputados sólo hubo seis que se negaron a aceptar las renunciaciones de Madero como

Presidente, de Pino Suárez como Vicepresidente, y votaron contra la elección de Victoriano Huerta como Presidente interino. La cobarde actitud de la mayoría de la Cámara, sirvió de pretexto para que los militares prestaran todos, obediencia a Huerta, en vez de rebelarse contra quien traicionaba a su Jefe y a las Instituciones.

Temeroso de incurrir en responsabilidades ante su propio Gobierno, el Embajador Wilson exigía que se respetase la vida de Madero. Y estuvo dispuesto el tren que debía conducirlo a Veracruz. Pero supo Huerta que el general Velasco, jefe de la guarnición del puerto y hombre de honor, se disponía a recibir a Madero con honores de Presidente. Asustados los traidores ante el peligro de una justa reacción popular, y aun militar, en Consejo de Ministros resolvieron el asesinato de Madero. Junto con Pino Suárez fué muerto Madero de un tiro en la cabeza, que le dió el policía Cárdenas, al ser trasladado por la noche a la Penitenciaría federal. El terrible suceso que tanta sangre había de costar al país, ocurrió el 22 de febrero de 1913, a las once de la noche.

Y mientras toda una facción se cubría de oprobio, Francisco Madero entró limpio a la historia. Uno de los pocos en quien puede fundar su orgullo la raza mexicana.

LA REVOLUCION CONSTITUCIONALISTA

Acaso sin el asesinato de Madero, el país hubiera soportado la dictadura que le imponía Victoriano Huerta. Otras semejantes ha padecido. Y pocas veces el ejército había demostrado tanta decisión y unanimidad para imponerse. La acción de la Cámara de Diputados al aceptar la renuncia del Presidente Constitucional y nombrar en su lugar al usurpador, justificaba la pasividad de los blandos, que suelen ser la mayoría. Pero el escándalo provocado por el asesinato del Justo, no sólo en México, en el resto del mundo, incitó a la acción reivindicadora, y la protesta armada no se hizo esperar. Los jefes maderistas que conservaban mando de las fuerzas auxiliares, fueron los primeros en desconocer a Huerta, movidos de patriotismo y también por la propia defensa, pues era evidente que no sólo Madero, también los cabecillas de su movimiento regenerador serían víctimas de la furia reaccionaria. Pronto se supo que se habían levantado en armas los Figueroa en Guerrero, los Gutiérrez en Coahuila. En Chihuahua, el Gobernador don Abraham González, moralmente la segunda cabeza del movimiento maderista, fué sacado de Palacio por los militares y asesinado, mientras era conducido en ferrocarril a la Capital. En Coahuila la Legislatura votó en contra del reconocimiento del Gobierno de Huerta, alegando lo que era obvio, la ilegalidad de la resolución de las Cámaras que habían obrado bajo presión. Y el Gobernador don Venustiano Carranza, no obstante su antigua filiación porfirista y después de alguna vacilación, se puso del lado del pueblo, desconociendo a Huerta y a su gobierno. La Legislatura de Sonora tomó medidas semejantes y las fuerzas auxiliares del Estado se declararon en rebeldía. Legalmente el caso era claro. El régimen cons-

titudinal había sido interrumpido por obra del crimen. Recobraba el pueblo su soberanía. Y el mando debía confiarse a alguno de los gobernadores, alguno de los funcionarios legítimos que todavía conservaban poder. El número de fuerzas auxiliares que tenía a sus órdenes y la respetabilidad de su figura, concurrían en favor de Carranza. De suerte que, rápidamente, sin discusión previa, por acuerdo tácito, la parte sana de la Nación y los rebeldes, que cada día aumentaban, comenzaron a reconocer a Carranza como Jefe del País en su hora de angustia y de vigorosa purificación. El 2 de marzo de 1913 publicó Carranza el Plan de Guadalupe, que era un simple llamado a las armas bajo la jefatura del propio Gobernador de Coahuila, y con la mira de restablecer el imperio de la Constitución y derrocar, ajusticiar a los usurpadores. El Plan de Guadalupe significaba únicamente que la nación había hallado un Jefe, que la revolución vengadora se había unificado en torno a una autoridad legítima. El alma del movimiento seguía siendo Madero. Su retrato ostentaban las fuerzas constitucionalistas; su programa condensado en el Plan de San Luis, seguía siendo la doctrina de la hora, tanto en las filas de los revolucionarios que reconocían como jefe a Carranza, como en las filas de los rebeldes que en el Sur acaudillaba Zapata, cuyo propio programa, el Plan de Ayala, no era sino réplica del Plan de San Luis Potosí, formulado por Madero desde los días de su campaña contra Porfirio Díaz.

En seguida se vió que el gobierno de Huerta no resistiría la marea del descontento público. En el Estado de Sonora las fuerzas irregulares pronto se posesionaron de todo el territorio; en el Sur el movimiento armado creció impetuoso. Pero las vacilaciones, los errores tácticos de Carranza, debilitaron desde el principio la revolución. Y pudo Huerta organizar su ejército en poderosas columnas que expulsaron a los revolucionarios de Coahuila y se posesionaron de Chihuahua. No tuvieron igual éxito los de Huerta en Sonora. La columna federal que salió de Guaymas para deponer al Gobierno de Hermosillo, fué atacada y deshecha en la batalla campal de Santa María. De esa victoria surgieron los primeros caudillos militares de la revolución: Alvaro Obregón, Alvarado, Cabral. Ellos demostraron que el ejército de línea no era invencible y que no sólo la guerra

lla, también el encuentro a campo raso podía ser favorable a la causa de la justicia.

En Coahuila, en cambio, el resultado fué adverso a los patriotas. Gruesos contingentes del ejército huertista lograron dispersarlos casi, a tal punto que Carranza, atravesando el país fué a refugiarse con los elementos armados de Sonora. En la capital de dicho Estado estableció el Gobierno Constitucionalista. Los grupos en armas se integraron en tres columnas que lentamente engrosaban y triunfaban: La de Obregón en el Occidente; la de Francisco Villa en Chihuahua y el centro, y la de don Pablo González en Nuevo León y Tamaulipas.

Favoreció la causa de nuestra legalidad el cambio de gobierno operado en los Estados Unidos. El Presidente Woodrow Wilson, hombre de ideales, se propuso deshacer el entuerto del mal Embajador que, inmediatamente, fué destituido al tomar Wilson posesión de la Presidencia en marzo de 1913. Al mismo tiempo, se negó a Victoriano Huerta el reconocimiento como gobernante constitucional de México. Y aunque no se prestó a los rebeldes ayuda alguna material, sí ganó mucho la rebelión por el apoyo moral que el gobierno y la opinión de los Estados Unidos prestaron. Esta simpatía y la hostilidad francamente manifestada en contra de Huerta, provocaron confusión en cierta parte de la gente. Pues los usurpadores que habían concertado su golpe de Estado en la Embajada yankee, comenzaron a hacerse aparecer como víctimas del gobierno americano a autonomistas, a la vez que a los revolucionarios constitucionalistas los acusaban de recibir apoyo del yankee para ganar el poder. El buen sentido patriótico predominó a la postre, y los ejércitos rebeldes, compuestos de voluntarios de todas las capas sociales, avanzaron ganando palmo a palmo el terreno de una patria que, con el triunfo del constitucionalismo, se lavaba la mancha de los crímenes huertistas.

En el campo de la usurpación la discordia hacía estragos. El compromiso de entregar el poder a Félix Díaz quedó abiertamente burlado después de una farsa de elecciones que dió motivo a que el Congreso, reducido a los diputados de filiación ex porfi-

rista, rogase a Huerta que continuara en el mando, hasta que pudiesen celebrarse elecciones nuevas.

Se verificaron otras elecciones en octubre de 1913, cuando ya buena parte del país estaba dominada por los carrancistas, lo que no obstó para que Huerta se declarara Presidente Constitucional. El gobierno de Norteamérica, en febrero de 1914, declaró el libre comercio de armas y municiones. Esta medida favoreció a los rebeldes que pudieron hacerse de elementos en *las mismas condiciones del gobierno huertista*; pero, en realidad, era una consecuencia 'rdía del no reconocimiento de Huerta y no un favor especial para los rebeldes. El diez de abril del mismo año, unos marinos yankees consumaron en Tampico un desembarco en territorio nacional. El comandante huertista los mandó arrestar; en seguida los libertó, pero se negó a dar satisfacciones por el arresto. El 21 de abril, con pretexto de impedir la entrega de un cargamento de municiones que el gobierno de Huerta había adquirido en Alemania, el puerto de Veracruz fue ocupado por los marinos de la escuadra yankee al mando del Almirante Mayo. Las tropas de línea abandonaron la población sin intentar su defensa, pero un grupo de particulares y varios cadetes de la Escuela Naval, perecieron en el heroico y desesperado intento de oponerse a la invasión armada. Por su parte, el gobierno de Carranza protestó del desembarco, no obstante que indirectamente le beneficiaba, y obtuvo del Presidente Wilson seguridades expresas de que no se trataba de ocupación en firme, sino de una medida temporal que cesaría tan pronto hubiese en el país gobierno legítimo y estable.

El general Villa, que solo se había creado un ejército, derrotó a los huertistas en Torreón y en Zacatecas y resolvió la situación con sus victorias aplastantes. En un último intento de salvar los intereses de sus amigos, Victoriano Huerta, vencido militarmente, aceptó las pláticas propuestas por diplomáticos del Sur en Niágara Falls, a efecto de consumir el retiro de las fuerzas yankees en Veracruz. En realidad, buscaban dichos arreglos, estorbar el triunfo de Carranza mediante la creación de un gobierno provisional híbrido. Carranza se negó a hacerse repre-

sentar en Niágara si en las conferencias se discutían cuestiones interiores de México, pues, expresó, debían limitarse a procurar que los marinos yankees desalojasen a Veracruz. Esto bastó para que los de Huerta ya no insistiesen en celebrar las conferencias. El avance de la columna de Obregón por Occidente obligó a Huerta a una nueva maniobra. Renunció a la presidencia y se echó a huir. Huyó como huyen sin honra nuestros caudillos, pretendiendo todavía crear sucesor en la persona del Lic. Carbajal. Los revolucionarios se negaron a tratar con el Provisional que también tomó las de Villadiego, y Carranza consumó la entrada victoriosa a la capital en julio de 1914. Su título era de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista. Pero sus funciones eran las de Presidente Provisional. El deseo de figurar en las elecciones presidenciales próximas, no obstante su papel de Presidente Provisional, lo llevó a deliberadas confusiones acerca del verdadero carácter de su cargo. Pues dado el rigor del principio de la no reelección, no podía un Encargado del Poder Ejecutivo, fuese cual fuese su título, figurar como candidato presidencial y menos en elecciones verificadas bajo su propia gobernación. Desde el principio se creó, pues, una posición de fraude manifiesto que hizo mucho daño a la reputación de aquel senador de la dictadura porfiriana que las circunstancias habían convertido, ya cerca de los sesenta, en jefe de una revolución que en sus manos se volvió caótica en la doctrina, feroz en sus procederes.

EL CARRANCISMO

Nunca la administración se había identificado con la persona del Jefe del Gobierno en forma tan rigurosa, y no porque fuese Carranza hombre de extraordinaria capacidad, sino porque el ansia del mando, la envidia de subordinados más capaces, lo llevaban a intervenir en la nimiedad de los detalles con perjuicio del despacho. Desde el principio la ineptitud de Carranza fijo. Cada quien la interpretaba a su modo. En Matamoros uno de los jefes militares, Lucio Blanco, expidió títulos de propiedad de cien o más hectáreas sobre tierras todavía no legalmente expropiadas; en el resto del país los diferentes jefes se contentaron con apoderarse de las propiedades rústicas que más les gustaron. En la región del Sur, dominada por Zapata, sustraída del todo a la autoridad de Carranza, no hubo mejor método. Se seguía allí de palabra el llamado Plan de Ayala, réplica del Plan de San Luis Potosí expedido por Madero, pero, en realidad, Zapata y sus jefes tomaron para sí las fincas.

Aparentemente y a juzgar por el nombre que ellos mismos se daban, los carrancistas traían por mira restablecer el imperio de la Constitución vigente que era la del Cincuenta y Siete. Pero precisamente, lo primero que hizo Carranza, fué salirse de esa Constitución al prorrogar indefinidamente su mando como Primer Jefe. Apenas triunfante, públicamente negó Carranza el constitucionalismo creándose una situación extralegal que denominó período "preconstitucional" que aseguraba debía servirle para introducir en el país las reformas que los tiempos demandaban. Comenzó, de esta suerte, a funcionar un gobierno que no reconocía más ley que los decretos expedidos por el Jefe, sin previa

consulta con cuerpo alguno legal y sin otro criterio que el cambiante de las circunstancias políticas del momento.

La falta de un programa preciso y el ejercicio del mando fuera de las normas constitucionales y de acuerdo con las conveniencias personales de quien, de hecho, se había constituido en nuevo dictador, dieron pretexto a la discordia. El grupo más numeroso de los enemigos que se había creado el Primer Jefe, se congregó en torno del general Francisco Villa, que por contar con fuerzas armadas propias, se sentía árbitro de la situación. El general Zapata, por su parte, no reconocía ninguna autoridad en Carranza a quien, instigado por los demagogos y tinterillos que lo rodeaban, calificaba de burgués y de reaccionario. Y el ejército de Occidente, al mando de Obregón, aunque sumiso a Carranza de nombre, en realidad sólo esperaba el rompimiento de las hostilidades para batir a Villa y quedar en seguida dueño del campo. Las únicas fuerzas leales en lo personal a Carranza eran las del general Pablo González, que, aunque numerosas, no tenían el prestigio de las sonadas victorias de Obregón y de Villa, ni contaban con posiciones inexpugnables como las de Zapata en el Sur.

Tan profunda llegó a ser la división de los distintos bandos, que pronto cada uno tuvo en Washington un representante independiente. Los de Villa querían que se convocase a elecciones para eliminar a Carranza; los de Carranza quería aplazar las elecciones durante un largo periodo de dictadura preconstitucional, y los de Zapata abogaban por una república indígena y un reparto de tierras, según el Plan de Ayala, no según comunismos o colectivismos que todavía ni apuntaban en el doctrinarismo nacional. En el fondo, cada uno de los tres bandos cortejaba el favor de Washington, o sea el reconocimiento de beligerancia que daba acceso al mercado de armas; cada uno aspiraba a hacerse de elementos de guerra para destruir a sus rivales. El gran ideal maderista de la unión de todos los mexicanos bajo un programa civilizado y legal, era generalmente relegado y cada uno luchaba por su ambición, cada uno bajo el antifaz de reformas sociales inauditas, exageradas, irrealizables.

En estas condiciones y en último esfuerzo para evitar el derramamiento de sangre, un grupo de patriotas ideó la celebra-

ción de una Convención Nacional Revolucionaria. Pese a la resistencia opuesta por Carranza, se celebró esta Convención en Aguascalientes, en el mes de octubre del año catorce.

Estuvieron representados en la Convención, todos los villistas, todos los zapatistas y la mayor parte de los generales de Carranza que públicamente desobedecieron a su jefe, tomando parte en las deliberaciones de la Asamblea. Redactó la Convención el primer programa revolucionario, un poco más avanzado en materia agraria y en materia obrera que el viejo Plan de San Luis Potosí. Las cláusulas agrarias fueron obra de los zapatistas que representaban entonces la tendencia más avanzada en materia de tierra, aunque sólo en teoría, pues tanto Zapata como sus generales y coroneles habían seguido el mismo sistema de los demás revolucionarios: apoderarse de las tierras que les habían gustado, para trabajarlas en beneficio personal. En lo político, la Convención de Aguascalientes resolvió que había llegado el momento de librar al país del caudillismo militar que ha ensuciado toda su historia y que, por lo mismo, debían cesar en el mando personal, tanto Carranza, como Villa y Zapata. Las fuerzas de estos tres jefes debían quedar a las órdenes del Ministro de la Guerra del Presidente que en seguida eligió la Asamblea. Cubriría este Presidente un interinato suficiente para convocar a elecciones que diesen al país un gobierno legítimo. Y recayó la elección en un General de modestos antecedentes militares, pero revolucionario honesto y despejado: D. Eulalio Gutiérrez. Sobre la bandera de la Asamblea, firmaron los generales Obregón y Villa y los representantes de Zapata, los asistentes todos, el compromiso de sostener a Eulalio Gutiérrez, por las armas si era necesario, y en contra de las ambiciones de los caudillos destituidos.

Apenas se hicieron públicos los acuerdos de la Asamblea, Carranza los desconoció y llamó a su lado a todos los disidentes. Villa y Zapata, por su parte, ofrecieron sus armas al gobierno de la Convención. Y la guerra estalló oficialmente entre convencionistas y carrancistas, aunque de hecho seguían disputándose el triunfo los mismos bandos irreconciliables: carrancistas, villistas y zapatistas. Y la Convención, que trató de agrupar

sus mejores elementos en torno a Eulalio Gutiérrez, quedó vencida con la deserción del general Obregón que, en vez de ponerse al frente de sus propias tropas de Sonora y Sinaloa para apoyar a Gutiérrez contra Villa, Zapata y Carranza, prefirió sumarse a Carranza a quien días antes había desconocido formalmente. Mucho daño hizo también que el Gobernador de Sonora, Maytorena, representado en la Convención, lejos de apoyarla sin distingos, se declarase partidario de Francisco Villa. Dadas estas circunstancias desde el principio, el Gobierno legal que era el de Gutiérrez quedó prisionero de Villa y de los Jefes zapatistas.

Expulsado Carranza de México por la fuerza de las armas, el gobierno de Gutiérrez ocupó la capital y consumió esfuerzos para realizar la paz y para moderar las matanzas que con fines de venganza consumaban de día y de noche bandas irresponsables de las fuerzas de Villa y de Zapata, reunidas en el odio a Carranza, divididas entre sí por rivalidades sombrías. Desoído de todos y decidido a salvar, por lo menos, el honor, el gobierno de Gutiérrez, en enero de mil novecientos quince, firmó un decreto destituyendo a Villa del mando de sus tropas, que eran, oficialmente, tropas del gobierno, y sosteniendo los acuerdos primitivos de la Convención, de desconocimiento de Carranza y de Zapata. Y no pudiendo resistir en la capital el empuje de los adictos a Villa y Zapata, rodeado de algunos miles de fuerzas leales, el general Gutiérrez abandonó la metrópoli con su gobierno a fin de establecerse en San Luis Potosí, donde lo secundaban las fuerzas del general Eugenio Aguirre Benavides. Firmaron el manifiesto en que se pedía apoyo a la nación contra los abusos de Carranza, Villa y Zapata, los Ministros de Guerra, José Isabel Robles; de Gobernación, Lucio Blanco, y de Educación Pública, José Vasconcelos, más los generales Mateo Almanza, Carlos Domínguez y otros patriotas.

Apenas abandonó Gutiérrez la capital, villistas y zapatistas improvisaron una Convención que decretó de por sí, la destitución de Gutiérrez y nombró Presidente Provisional, al representante de Francisco Villa. Y quedaron en el campo tres presidentes: Don Roque González Garza por la Convención nueva

y a las órdenes de Villa; Don Venustiano Carranza de por sí, y Don Eulalio Gutiérrez por la Convención de Aguascalientes. Los zapatistas se apegaron a Villa.

Carranza se hizo fuerte en Veracruz, que acababan de desalojar los norteamericanos para entregárselo y apoyado por los recursos de guerra que le enviaban de los Estados Unidos los activos agentes que tuvo en Washington. El gobierno de la nueva Convención, fundido en el villismo, logró dominar buena parte del país gracias a la acción guerrera irresistible del general Villa. Y el gobierno de la Convención enarboló por cerros y valles una legalidad trashumante que poco a poco acabó en dispersión.

En estas condiciones, el arbitro de los destinos de México llegó a serlo el Presidente Wilson, por la facultad que tenía de cerrar la frontera para el comercio de armas y municiones a la facción que no mereciese sus simpatías. Y como todos reclamaban el derecho de comprar municiones y el consiguiente reconocimiento de beligerancia, el Presidente Wilson declaró primero que sólo reconocería a la facción que crease un gobierno emanado del voto. Poco después, sin embargo, y contradiciendo su propia declaración, concedió el reconocimiento a Carranza.

Villa, desprestigiado por los atentados que en persona cometía y porque el Gobierno de Gutiérrez lo había puesto fuera de la ley quitándole toda autoridad moral, empezó a perder terreno; las municiones le escasearon por el Norte, y en el encuentro decisivo de Celaya, en abril del catorce, Obregón, al frente de fuerzas carrancistas, lo derrotó. Replegándose hacia el Norte, Villa se encontró con la frontera cerrada en materia de armas y parque, dado que ya sólo se vendían éstos al gobierno reconocido, que era el de Carranza. Se produjo entonces la dispersión de los villistas; avanzó el general Obregón hasta Torreón y Chihuahua, los antiguos dominios de Villa, y éste quedó convertido en merodeador infatigable por las montañas de Chihuahua. A su vez, Zapata se relegó a sus antiguas madrigueras del Sur, y Carranza pudo organizar un gobierno constantemente combatido, pero estable.

El reconocimiento de Carranza por el gobierno americano se efectuó el 19 de octubre: el diez de enero del año siguiente, 1916, fuerzas villistas que aún operaban en territorio de Chihuahua, consumaron una matanza de dieciocho americanos que regresaban a los trabajos de las minas, fiados en las seguridades de paz que daba Carranza. En marzo del mismo año, Villa, al frente de un grupo de jinetes, asaltó el pueblo yankee de la frontera de Nuevo México, Columbus. Lo incendió después de robarse la caballada de la tropa yankee. Este atentado, que Villa, en su inconsciencia, imaginó perjudicaría el crédito de Carranza como gobernante, constituía, en realidad un *casus belli* que no fué aprovechado por la nación del Norte a causa de que toda su preocupación se hallaba concentrada en la guerra europea. Se limitó, pues, el Presidente Wilson, a mandar una expedición punitiva, a cargo del general Pershing y con instrucciones de no ocupar ciudades mexicanas sino sólo los campos y caminos necesarios para capturar a Villa vivo o muerto. Ante la patente invasión de tropas extranjeras en nuestro territorio, Carranza tuvo que pasar por la humillación, no sólo de aceptar el caso, sino de hacer que sus propias tropas colaboraran con las de Norteamérica, que de esa suerte contribuían a consumir la imposición del carrancismo en nuestra patria. Para legalizar el caso, se inventó un expediente de cuistre, se desempolvó un viejo tratado que autorizaba a las fuerzas de policía de los dos países a cruzar la frontera en persecución de los indios bárbaros de época pretérita.

Los restos del villismo tuvieron que combatir con los soldados de Pershing y con fuerzas carrancistas convertidas en auxiliares de la tropa extranjera. Villa se enfrentó varias veces a sus perseguidores, fué herido y logró esconderse. Los vecinos de poblaciones como El Parral, hicieron frente a los soldados americanos que intentaban ocupar la ciudad. En una escaramuza en el pueblo del Carrizal, también por iniciativa de particulares, un grupo de fuerzas al mando del Coronel Gómez, que había sido Convencionista, se opuso al avance de un contingente americano, lo derrotó, y aunque pereció en el combate el jefe, sus segundos hicieron 18 prisioneros yankees. Por telégrafo ordenó el Pre-

sidente Wilson a Carranza que se pusiera en libertad a los prisioneros y así se hizo. La expedición Pershing se retiró al fin del país el 15 de enero de 1917, sin haber logrado la captura de Villa, no obstante haber empleado más de doce mil hombres en la persecución.

LAS REFORMAS DEL CARRANCISMO

Mientras Carranza se mantuvo de Jefe único de la Revolución, nunca quiso darle programa, nunca expresó sus ideas en materia política o económica. Así que se vió en Veracruz perdido casi y reducido a una porción de la costa de Oriente, pero en contacto diario con sus agentes de Washington, Carranza comenzó a formular leyes encaminadas a ganarse entre las masas la popularidad de que hasta entonces había carecido.

La primera ley trascendental fué la del 6 de enero de 1915, sobre restitución de ejidos, obra de D. Luis Cabrera, principal consejero del Dictador iletrado. Nulificaba dicha ley las concesiones de tierras hechas por el gobierno de Díaz, con perjuicio de los pueblos y comunidades indígenas, y restablecía la propiedad comunal sobre las mismas. El propósito político de esta medida fué dejar sin bandera al zapatismo que exigía eso mismo. A la vez, resultó curioso que una revolución que presumía de radical, iniciase sus tareas reviviendo la ley española sobre ejidos, contradiciendo la Ley de Juárez que había roto las comunidades y desposeído a los indios de sus tierras de servicio.

Al principio, la ley se quedó escrita; más tarde, sin embargo, y bajo las administraciones posteriores a Carranza, la ley de ejidos ha servido para dotar a un sinnúmero de pueblos, de las tierras necesarias a los más indispensables servicios de la comunidad. Uno de los malos efectos de las Leyes de Reforma ha quedado corregido con la aplicación o reaplicación de esta sabia ley heredada de la Colonia. En este punto y sólo en este, Carranza o más bien dicho, el carrancismo, se puso en contradicción con el Plan Poinsett que religiosamente observara Juárez. En todo lo demás, según veremos, el poinsetismo se impuso como nunca, avasallador.

Preocupado de imitar a Juárez aun en el detalle, Carranza

promulgó todo un cuerpo de legislación durante su estancia en Veracruz. En realidad, no era él quien llevaba la iniciativa. La ley de ejidos la provocó el zapatismo que echaba en cara a Carranza su descuido de la cuestión agraria. En la Convención zapatista de México, se votó una ley de divorcio exagerada en extremo, y pronto Carranza respondió en Veracruz con un decreto que legalizaba también el divorcio y modificaba la ley de relaciones familiares en puntos importantes como la ampliación de la personalidad de la mujer casada, etc.

El Presidente Gutiérrez había dado un decreto sobre autonomía municipal y, en seguida, en Veracruz, se legisló sobre la libertad de los municipios; libertad irrisoria mientras subsista el sistema militar de ejército mercenario que hace de cada teniente el árbitro de las cosas y los sucesos de las aldeas, así como cada general con mando es carga y azote de las ciudades. Y autonomía también imposible mientras la autoridad federal y la del Estado continúen el esquilmo de las aldeas que no deja posibilidad de tributación adecuada para los servicios del ayuntamiento.

LA NUEVA CONSTITUCION

Pero la legislación importante del régimen carrancista es la contenida en la Constitución que se promulgó en Querétaro el cinco de febrero de 1917. Los delegados a la Asamblea Constituyente fueron simples testaferros; los no afiliados abiertamente al Primer Jefe no podían votar ni ser electos para la Asamblea. Además, el país no estaba en condiciones de que hubiese elecciones. La expedición Pershing ocupaba el Norte del territorio; en el Sur seguía merodeando Zapata, y por todas partes la oposición armada al carrancismo subsistía más o menos debilitada. Todas estas circunstancias se aprovecharon para imponer a la nación un Código discutible desde todo punto de vista.

En lo político, la nueva Constitución conserva las garantías del hombre contenidas en la del Cincuenta y Siete, de la que es copia, a la letra, en muchas cuestiones, pero en lo que se refiere al Poder Ejecutivo, las facultades se aumentan hasta convertir al Presidente en un dictador de derecho. A cambio de este

aumento de poder que tanto interesaba a Carranza, en todo lo demás cedió dejando que demagogos y agitadores se diesen gusto imaginando que inventaban incluso definiciones nuevas del derecho de propiedad.

El período de las Cámaras legislativas se redujo a sólo cuatro meses, y, en cambio, se otorgaron al Presidente facultades discrecionales para confiscar toda clase de bienes a pretexto de interés público y porque se dijo: "la propiedad no es un derecho sino una simple función social". El resultado es que el Presidente Dictador tiene en sus manos, gracias al nuevo Código, no sólo, como de costumbre, las vidas de los ciudadanos, sino también sus propiedades. Y como las facultades de expropiación se delegan en toda clase de representantes, sucede que, todo aquel que tiene algo, vive bajo el terror de causar desagrado a los que mandan, gobernadores, jefes de armas, porque el pretexto de los repartos agrarios basta para dejar en la calle a los enemigos del gobierno y para enriquecer a los amigos. La inestabilidad en materia agraria ha sido la primera consecuencia de tan funestos principios. Consecuencia de esta inestabilidad es que los mexicanos enajenen sus propiedades a ciudadanos de Norteamérica, que ellos sí, cuentan con la protección de su gobierno.

Las disposiciones relativas a propiedad se encuentran contenidas en el artículo 27 constitucional, que tiene mucho de bueno en teoría, aunque casi todo impracticable como lo demuestra un ligero examen. Se reafirma en la mencionada ley el derecho del Estado sobre todas las tierras y aguas del territorio nacional y se ordena la subdivisión de los latifundios previa indemnización. Se autoriza a los pueblos a recobrar sus ejidos y se les reconocen derechos sobre los bosques y aguas utilizables. En resumen, las disposiciones contra los latifundios del artículo 27 son análogas al programa agrario ya contenido en el plan de San Luis, de Madero, pero lo que es torpe y malévolo en la Constitución carrancista, es el haber convertido la reforma agraria en arma política que el gobierno esgrime según conveniencias partidistas y no con sentido de reforma social justa. La situación se ha visto agravada por el hecho de que las indemnizaciones se

pagan en efectivo o a plazos, según que se quiera favorecer o aniquilar a la víctima.

Otra medida grave del artículo 27 es la que se refiere a declaración de la nacionalización del subsuelo en materia de petróleo. En rigor, esta declaración no es sino consecuencia de la tradición minera creada por el derecho español que quita al propietario y lo da al denunciante, el derecho de trabajar los minerales en todo el territorio nacional. Y fué de mala fe y para favorecer a los concesionarios petroleros, como se logró que la ley minera de la época de Porfirio Díaz, al hacer mención de las sustancias denunciables, *no incluyese el petróleo*. La revolución, en consecuencia, no hizo sino derogar una excepción a todas luces ilegítima, estableciendo que la propiedad del subsuelo es de la nación, no del propietario de la superficie, y que, por lo mismo, cualquiera persona puede obtener permisos para exploraciones petroleras en cualquier clase de propiedades. Pero existe el obstáculo de hecho de las concesiones petroleras otorgadas por Porfirio Díaz. Abarcan éstas casi toda la zona petrolífera, y están otorgadas a favor de los trusts más poderosos: la Standard Oil, la Shell. Era evidente, por lo mismo, que un país pequeño como México no iba a poder aplicar retroactivamente una ley justa pero que quebrantaba derechos adquiridos por intereses tan poderosos. Pero movió a Carranza el deseo de lucirse ante el público, el afán de ostentarse revolucionario para hacer olvidar su origen porfirista y el hecho de que él mismo había votado como senador de Díaz, en favor de los monopolios de la Standard y El Aguila, y aprobó leyes que todo el mundo sabía no llegarían a cumplirse, tal como estaban escritas.

Las nuevas disposiciones provocaron, en efecto, inmediata reclamación de la cancillería de Washington en representación de norteamericanos e ingleses, y Carranza nunca acertó a poner en práctica sus propias leyes en materia petrolera. Peor aún, en las postrimerías de su gobierno, se vió obligado a derogar permisos de exploración que él mismo había expedido en detrimento de las viejas concesiones porfiristas. Y la ley se quedó escrita y como amenaza que pronto descargó sobre administraciones posteriores.

Contiene también la Constitución de 17, prohibición de que los extranjeros posean tierras en una zona de cincuenta kilómetros sobre la línea divisoria. Esta medida era urgente en la frontera norte del país y aunque ha sido burlada en parte, su presencia en la ley es una advertencia y una necesidad elemental de la soberanía.

En materia educativa la Constitución carrancista contiene limitaciones a la libertad de enseñanza que hacen prácticamente imposible la subsistencia de la religión como doctrina que se trasmite a través de las generaciones. Los enemigos del cristianismo y de la civilización latina, los agentes subconscientes o conscientes del poinsetismo, aprovecharon en la Asamblea de Querétaro el rencor que entre los revolucionarios prevalecía contra el clero, a causa de la colusión de éste con la dictadura de Victoriano Huerta. Produjo este odio una legislación salvaje que no tiene par en ningún pueblo civilizado, según la cual es delito tácito practicar la doctrina de Cristo y enseñarla. En general, todas las medidas anticatólicas de las leyes de Juárez fueron exageradas en la nueva Constitución, en forma tan desleal y persecutoria, que el mismo Carranza nunca intentó aplicar rigurosamente el texto constitucional en la materia; prefirió proceder como don Porfirio Díaz y como Madero, con tolerancia al respecto, y considerando que son las de Reforma y sus derivadas unas leyes que no se justifican ante la sana razón. Pero la ley quedó escrita y no tardarían en llegar gobiernos antipatriotas y descaradamente poinsetistas que tendrían a gala aplicar la ley que ni Díaz ni Madero, ni Carranza, ni Obregón habían querido recordar.

El mismo Carranza, ya para caer, mandó al Congreso un decreto de fecha 23 de diciembre de 1918, en que se recomendaba a la Cámara la reconsideración de las disposiciones de Querétaro en materia de enseñanza religiosa, porque según el propio Carranza, "los ataques a la libertad de conciencia implícitos en el código de Querétaro, no tienen antecedentes en nuestras leyes, ni en ninguna otra legislación civilizada". Tardío arrepentimiento expresado en momentos en que el ex Primer Jefe salía de la capital, expulsado por la revolución.

Hasta aquí la labor teórica de Carranza.

De hecho, su gobierno estuvo constantemente hostigado por las reclamaciones diplomáticas ocasionadas no sólo por las leyes irreflexivas, las confiscaciones, también por los atropellos que en campos y ciudades cometían militares y funcionarios que con sólo el reconocimiento nominal de la autoridad de Carranza se garantizaban la impunidad para toda clase de abusos. Desde que se convirtió en Dictador descarado, Carranza se vió abandonado de los hombres sanos de la revolución y se rodeó de favoritos y segundones. La mayor parte de los militares probos dejó al Primer Jefe tan pronto se convirtió en Presidente por medio de una elección única en la historia, pues la misma Constitución carrancista expresa en artículo adicional, que no podrían votar los no carrancistas. Obregón, a quien Carranza debía el triunfo, se retiró a la vida privada manifestando que estaba asqueado de lo que veía en el Ministerio de Guerra carrancista. En Hacienda Pública fué tal la confusión, que el propio D. Luis Cabrera hubo de contratar los servicios de peritos norteamericanos como el célebre Kemerer, a fin de poner algún orden en el desbarajuste ocasionado por la incompetencia y la inmoralidad.

En la Aduana revivió Carranza métodos santanistas, ya echados en olvido. En efecto, se puso a otorgar permisos para la libre importación de cargamentos de artículos. Estos permisos, con la firma del Primer Jefe se vendían y revendían. El personal administrativo, severamente depurado desde la época de Limantour, fué echado en masa a la calle, para dar sitio a los amigos, protegidos y parientes de Carranza, que a fuer de "revolucionarios" se sentían autorizados para prescindir de la obligación de rendir cuentas. El propio Carranza nunca quiso confesar el número y valor de las emisiones que consumió de papel moneda de diversas denominaciones. El desconocimiento del papel moneda que él mismo emitía, y el saqueo de las arcas de los bancos de emisión, determinaron la devaluación total del papel moneda y billetes de banco, y la quiebra de toda una generación, la pérdida de los ahorros de todo un pueblo. Pues naturalmente fueron las clases populares las más afecta-

das. Todo el que guardaba algunos pesos en plata, y en muchos casos éste es todo el ahorro de los indios y la clase media pobre, se vió obligado a canjear la plata por el papel del gobierno que a pocas semanas quedaba oficialmente nulificado.

Los funcionarios del carrancismo consumaban el canje fraudulento apoderándose del oro y la plata que en seguida remitían a sus depósitos particulares en los Bancos del extranjero. La inmoralidad así creada, fomentada, premiada, se contuvo a la caída de Carranza y al ascender Obregón al mando, pero dejó el precedente funesto que en seguida permitiría a Calles situar millones en oro a su cuenta particular de Londres y a tantos otros de los suyos llenar otra vez las cajas del extranjero con el metal acuñado de los mexicanos.

El estado de insurrección se hizo crónico. Un famoso bandido, Chávez García, se paseó durante meses por el centro del país conquistando poblados y aun ciudades, saqueando las casas, violando sistemáticamente a todas las mujeres capturadas, sembrando a su paso la desolación. Carranza, entre tanto, desde su Palacio de la capital repartía grados de divisionario entre los miembros de un ejército que no tuvo más misión que defenderlo de sus enemigos. Uno de estos enemigos, el General Zapata, jefe de la rebelión suriana, fué asesinado en una emboscada, modelo de felonía. Y al autor de la traición lo ascendió Carranza a General.

Al enemigo noble que siempre fuera el general Angeles, lo capturó una partida carrancista, lo condenó a muerte un Consejo de guerra de beodos carrancistas; lo amparó, suspendiendo la ejecución, la Suprema Corte, y Carranza mandó telegrama al jefe militar ordenándole que pasase sobre el acuerdo de la Suprema Corte. Y el general Angeles fué fusilado. Casos semejantes abundaron hasta hacer jurisprudencia.

En la capital los favoritos del régimen ostentaban lujo de nababs. Los más importantes negocios se arreglaban con la intervención costosa de tales sujetos. Y es opinión general que nunca, ni en los días de Manuel González, la inmoralidad administrativa alcanzó las proporciones del carrancismo.

Y como todo Dictador, Carranza intentó cargar al futuro

con su cuenta de responsabilidades. Los millones que había derrochado en las emisiones de papel moneda; el constante abuso de las facultades extraordinarias, o sea la práctica de hacer los gastos, cobrar los impuestos, sin llevar cuenta precisa, sin rendir nota alguna al poder Legislativo; las ilegales órdenes de ejecución de sus enemigos; el caos que había creado, el odio que latía en la Nación, todo esto obligaba a Carranza a crearse un sucesor obediente, ya que no se atrevía a violar la ley prolongando el período de su mando. En realidad, el mando precario que ejerció de sólo cuatro años, era fruto de un convenio interesado y piadoso. Para salvar el amor propio de Carranza y a la vez para asegurar el porvenir, el general Obregón había consentido en que Carranza se hiciese nombrar Presidente, con exclusión de los votos de los no carrancistas, durante cuatro años en vez de los seis que entonces otorgaba la Constitución. Aceptó Carranza la presidencia recortada, pero no se decidía a tolerar una elección libre que preveía tendría que favorecer a Obregón. Fabricó entonces un candidato, D. Ignacio Bonillas, persona honorable pero sin popularidad. Y esta imposición electoral dió el pretexto.

Ansiosa de salir de Carranza y de sus sistemas, la opinión general prestó su apoyo al general Obregón que lanzó su candidatura presidencial y a imitación de Madero consumó una jira electoral por todo el territorio. Los mejores hombres de la revolución salieron de su abstención para sumarse al obregonismo. La fuerza principal de Obregón se hallaba, sin embargo, en el ejército. Obregón, caudillo improvisado en la guerra civil, aunque de talento natural muy despejado, no podía, por su ignorancia, su falta de preparación cultural, llegar a ser un estadista, pero se creyó que bien podía representar en nuestra historia el papel del general Urquiza en la Argentina, liquidando el militarismo, ya que había vencido a todos los generales y preparando el terreno para las administraciones civiles a cargo de hombres eminentes, como los que han hecho el progreso de las naciones hermanas del sur. Obregón no estuvo a la altura de esta misión y acabó por convertirse en otro general más, otro dictador, pero en los días de su campaña presidencial, él mismo

hablaba contra el militarismo y prometía libertades. Y el pueblo optó, como lo hacen a menudo las sociedades enfermas, por la línea de menor resistencia; se acogió a la promesa vaga de Obregón, ya que no tenía fuerza para descubrir y para crear un auténtico portaestandarte de la capacidad y el patriotismo.

Antes de llegar a las elecciones, Carranza, temeroso de que la discusión de su gobierno siguiese adelante, deseoso de aniquilar al enemigo en sus comienzos, encarceló a Obregón. Uno de los Secretarios de Estado de Carranza, el general Calles, dejó a su jefe, para ir a sublevar las fuerzas auxiliares de Sonora. Otros jefes militares se rebelaron tomando como pretexto, hasta cierto punto legítimo, el encarcelamiento del candidato independiente, y Carranza se vió obligado a huir de la capital seguido de unos cuantos amigos y partidarios. Al internarse en su fuga por la sierra de Puebla, una escolta que le había fingido adhesión, lo asesinó. Al día siguiente sus acompañantes y adictos firmaron documentos afirmando que no había asesinato; que Carranza se había suicidado. Como quiera que fuese, Carranza cayó bajo la ley antigua: "el que a hierro mata a hierro muere", tal como había tratado a un sinnúmero de rivales. Y el país se sintió aliviado de que, por lo menos, uno de sus dictadores hubiese pagado con la muerte la cadena de sus iniquidades.

EL INTERINATO DE ADOLFO DE LA HUERTA

Antes de que Carranza pereciera en su fuga, los alzados de Sonora legalizaron su movimiento poniéndolo bajo la dirección del Gobernador local, D. Adolfo de la Huerta. Un poco después, las Cámaras Federales nombraron Presidente Interino Constitucional al mismo personaje, y Obregón hizo su entrada a la capital al frente de las fuerzas que se habían rebelado en el sur. Todo no fué sino un cuartelazo en grande, que por una vez coincidía con los anhelos de la población, dispuesta a ensayar cualquier cosa con tal de ver proscrito y escarmentado el carrancismo.

Don Adolfo de la Huerta, hombre honorable y que había pasado por las aulas, creó un gobierno de conciliación nacional. Abrió las puertas del país a todos los desterrados; devolvió su libertad a la prensa y a los Tribunales, disipó la atmósfera de terror en que se había vivido bajo el carrancismo. En acuerdo tácito con Obregón, que era el caudillo triunfante y el consabido presidente de las elecciones que estaban próximas, organizó De la Huerta un gabinete de hombres capaces y honorables. Al tomar posesión Obregón, casi no se modificó el personal de los Secretarios de Estado. Lo mejor de la revolución y del país colaboró con Obregón en las primeras etapas de su gobierno. La circunstancia de que la administración obregonista no contaba con la venia de Washington, no tenía compromiso alguno con el exterior, le aumentó la popularidad. Pues era sabido que el candidato derrotado, el Sr. Bonilla, ex embajador en Washington, gozaba de la confianza del departamento de Estado de Norteamérica, que le consideraba un simple continuador de los com-

promisos no escritos, pero fielmente observados, por Carranza, en asuntos pertinentes a norteamericanos. Obregón nada intentó que hostilizase al gobierno americano; al contrario, con su claro sentido práctico, expresó la necesidad de cumplir con todos los compromisos internacionales. Pero las fuerzas del poinsetismo no estaban satisfechas. La educación pública, que bajo Carranza había pasado a manos de los protestantes, fué rescatada y organizada sobre amplias bases nacionalistas por el C. José Vasconcelos. Y surgía, además, el problema que se deriva de los artículos absurdos de la Constitución. ¿Los pondría en obra Obregón, aun tratándose de extranjeros o imitando en esto a Carranza, dejaría que se volviesen letra muerta?

ALVARO OBREGON

Era Obregón alto, blanco, de ojos claros y apariencia robusta, frente despejada, tipo de criollo de ascendencia española. Su talento natural era extraordinario, pero jamás había salido de la aldea y su cultura superior era nula. Dedicado a los negocios del campo y a la política local en la cual sirvió de Alcalde de su pueblo bajo Porfirio Díaz, tenía Obregón la preparación de la clase media pueblerina que lee el diario de la capital y media docena de libros, principalmente de historia. Las ideas revolucionarias, que en algunos otros "generales" producían un caos mental, a Obregón lo dejaban sereno; pues era un convencido de los métodos moderados y su aspiración más profunda era imitar los sistemas oportunistas de Porfirio Díaz. Por eso nunca aplicó las leyes bárbaras de la Constitución contra el clero. Tampoco se puso a hacer experimentos descabellados en materia agraria, y aunque ayudó a los obreros, no tuvo que ponerse a cortejarlos, en ansia de popularidad, como más tarde haría Calles. Obregón era un militar nato, un capitán comparable a Cortés y, sin duda, el mejor soldado de México después de don Hernando. Y como todos los verdaderos capitanes, era militar estricto en campaña, pero amigo de las formas civiles en la vida ordinaria y en el gobierno. Aunque ya había mostrado crueldad en las represalias que deshonoran la victoria, el trato de Obregón era afable y le ganaba amigos. Poseía el talento superior que permite rodearse de consejeros capaces, y aunque su comprensión era rápida, sus resoluciones eran reflexivas. Los primeros años de su gobierno determinaron progreso notorio de todas las actividades del país. La agricultura y el comercio prosperaron bajo una paz que no era fruto del terror, sino de la tranquilidad

de los espíritus y de la ausencia de atropellos gubernamentales. Por lo menos, dejaron de ser éstos la regla, como bajo el carrancismo y el callismo, para hacerse la excepción.

Jefes de armas y protegidos cometerían abusos y aun crímenes, como el plagio y asesinato de Lucio Blanco fraguado por Calles, y los asesinatos y estupros cometidos por los generales Serrano y Gómez, que por una aberración del juicio público habrían de resultar candidatos a la Presidencia y mártires. En general, sin embargo, el gobierno fué decente. Y como si la buena estrella que siempre acompañaba a Obregón quisiese excederse, en los años de su gobierno la producción petrolera alcanzó proporciones que pusieron a México en segundo término en la producción mundial, así es que el tesoro estuvo abundante y hubo dinero, no sólo para satisfacer la codicia de los militares que constantemente exigían gratificaciones y sobresueldos, sino también para emprender algunas obras de utilidad pública. En el gobierno de Obregón se empezaron a construir las carreteras de Puebla y de Acapulco y se comenzó la de Laredo.

Por su parte, la compañía del Sud Pacífico dejó terminada la comunicación ferrocarrilera de la costa de Occidente.

En Educación Pública, bajo un programa nacionalista y libre de odios religiosos, se emplearon por primera vez, bajo Obregón, hasta cincuenta millones de pesos al año, que si no son mucho en comparación de la Argentina, por ejemplo, o de Cuba, sí constituyen excepción en nuestro pobre país que siempre gasta el setenta por ciento de sus rentas en soldados que nunca han sabido defenderle el territorio. Las escuelas de la época de Obregón, el Ministerio de Educación que entonces se creara, son el orgullo de aquella administración y también del movimiento revolucionario entero que no tiene obra constructiva comparable a la indicada.

Al finalizar el período de Obregón y en seguida bajo Calles, el presupuesto de Educación quedó reducido a veintisiete millones. La labor de educación de las masas urbanas y de la población rural fué entonces defraudada para gastar el poco dinero disponible en propaganda extranjera. Y a falta de escuelas que merezcan el nombre y con perjuicio de los sueldos de los

maestros que fueron reducidos, el callismo se dedicó a pagar todo ese cúmulo de libros sobre México en que se falsean las estadísticas, se dan por existentes tantas escuelas que si sumásemos los proyectos ya habría más colegios que casas. Todo esto es parte de la corrupción que vino después. Los primeros años del obregonismo vieron, bajo el Ministerio de Vasconcelos, el primer esfuerzo serio para educar a un país que carece de sistema de enseñanza desde que la Reforma desquició las Instituciones todas, sin crear cosa alguna digna de reemplazar el brillante pasado.

La Hacienda Pública, bajo la dirección honorable del ex Presidente De la Huerta, volvió a moralizarse como en los tiempos de Díaz y de Madero, salvo en secciones como Tampico donde subsistieron los feudos de los militares. Aunque parcialmente dominados por el prestigio personal de Obregón, seguían éstos constituyendo la lacra de la administración y se preparaban para el reino sangriento que habrían de disfrutar un poco más tarde bajo el callismo.

Hubo de parte de Obregón cierto respeto de las libertades públicas y si se cometieron asesinatos políticos bochornosos como el del general Francisco Villa y el de Lucio Blanco ya citado, lo más probable es que Obregón no interviniese en ellos, pues era Calles quien aspiraba a la Presidencia y deseaba deshacerse de rivales.

En materia religiosa, Obregón se limitó a no recordar las tierras a numerosos pueblos, pero sin abusar de las confiscaciones que no empleó como medida de venganza política.

Las organizaciones obreras legítimas obtuvieron toda la consideración del gobierno y ganaron poder bajo una administración que no ocultaba sus simpatías obreristas, ya fuese en el Ministerio de Industria y Trabajo, ya en el de Educación.

En materia religiosa, Obregón se limitó a no recordar las prescripciones salvajes de la Constitución carrancista; funcionaron escuelas católicas y sobrevivieron los conventos. Sólo un incidente escandaloso se produjo con la expulsión del Delegado apostólico Sr. Filipi, provocado por los enemigos de la paz en México y con pretexto de un monumento a la fe, levantado en el centro del país, a imitación de obras semejantes construídas en otros mu-

chos países y que sólo en la tierra de Juárez producen la impresión de un atentado a la conciencia pública. El monumento fué dinamitado por los agentes del poinsettismo. En seguida, con pretexto de que se habían producido manifestaciones externas del culto, se impusieron multas y se puso en la frontera al diplomático papal ya citado.

Pero en Educación Pública, Obregón no impidió la cordialidad de relaciones y aun la colaboración que su Ministro buscaba con todas las instituciones del país sin exceptuar a los elementos del clero católico. Tampoco evitó Obregón que ciertas iglesias y propiedades volvieran a poder de la Iglesia, en vez de ser entregadas, como lo hizo el juarismo, a los agentes del protestantismo. En casi todos sus actos procedía Obregón como mexicano independiente del plan de Poinsett, ajeno a él. Su sangre era buena y su alma se mantenía castiza. El manejo puro de los fondos públicos y cierta magnanimidad en el ejercicio del mando, habían levantado la fama de Obregón a gran altura. En muchos aspectos su gobierno fué incoloro aunque no dañino.

¡Pero lo perdió la ambición!

Había esperado todo el período de Carranza para ser Presidente y los cuatro años de su gestión le parecieron cortos. La no reelección era precepto riguroso, que acababa de costar mucha sangre. No le quedaba otro recurso que gobernar por interpósita persona. Para lograrlo, se decidió a contrariar la voluntad nacional que ~~ambicionaba~~ elecciones libres. Y para asegurarse la popularidad necesaria a un retorno, después del interregno simulado, resolvió hacer catastrófico dicho interregno. Al efecto eligió entre sus subordinados al más desprestigiado, al más impopular, al de peores antecedentes, a Plutarco Elías Calles. Ni siquiera por su nacionalidad, de origen desconocido, estaba capacitado Calles para la presidencia. Sus partidarios del mundo oficial empezaron a inventar que era maestro de escuela, pero nunca se ha sabido en qué Escuela Normal obtuvo grados. Lo que consta a todos es que fué jefe de policía de la aldea de Agua Prieta, donde abusando de la anarquía revolucionaria, acostumbraba mandar colgar a los reos del orden común y a sus enemigos personales sin forma alguna de juicio. En la revolución había figurado Calles siempre en posición subordinada y Carranza lo

había levantado a la categoría de Ministro, tan sólo porque se le mostró incondicional en el conflicto con Villa. Sin embargo, de Ministro de Carranza pasó a ser uno de los jefes de la rebelión contra Carranza. Se le conocía como defensor apasionado de la Constitución carrancista del diecisiete, especialmente en sus cláusulas poinsetistas del odio a la religión del país. ¿Existía en su sangre algún sedimento de rencor musulmán contra Cristo, según lo sospechaba el pueblo que siempre le llamó el Turco?

Lo cierto es que no concurrían en Calles ni siquiera los requisitos del militar afortunado que gana batallas, y así se abre paso a la Presidencia. Pero azuzado por Obregón, y abusando del poder que le daba su cargo de Ministro de Gobernación, Calles se empezó a formar partido. Un partido de funcionarios públicos y de obreros de las fábricas del gobierno que fueron forzados dentro de una organización llamada Confederación Regional Obrera. Con estos apoyos ficticios y una propaganda demagógica descarada, incitando al indio contra el blanco, al pobre contra el rico, al obrero contra el patrón, Calles, ya enriquecido durante su gestión de Gobernador de Sonora y futuro millonario, se convirtió en el supuesto abanderado del obrerismo, esperanza de los indios, caudillo de los protestantes y poinsetistas y ahijado favorito de la "American Federation of Labor" de Estados Unidos.

El país, horrorizado de que un hombre de esta índole se hiciese del mando, así fuese como simple testaferro de Obregón se inclinó casi con unanimidad a la candidatura presidencial de D. Adolfo de la Huerta, que en su breve actuación anterior había demostrado honestidad, prudencia y bondad. Las maniobras de Obregón en el seno del ejército, removiendo a los jefes que mostraban su repudio a Calles, y esto hicieron los principales, los mejores jefes, determinaron generalizada rebelión. Más del sesenta por ciento de las tropas revolucionarias, conscientes de que la revolución se había hecho, entre otras cosas, para garantizar el sufragio efectivo, se insurreccionaron contra Obregón, que era el autor de la exigencia en favor de Calles. Desgraciadamente, la insurrección se adelantó a las elecciones, se produjo cuando aún no se había consumado imposición alguna y a los jefes delahueristas les faltó concierto; cada uno tenía ambiciones propias y

Obregón, con su habitual pericia guerrera, los fué derrotando en detalle. Luego, en la victoria, se mostró feroz, haciendo ejecutar sinnúmero de generales. Nunca había corrido tanta sangre para imponer a un Presidente. Las batallas de Esperanza contra los delahuertistas, y de Ocotlán contra la división del Gral. Estrada, son otras tantas manchas de quien había asaltado el poder, para evitar que Carranza consumase una imposición presidencial.

Pero hubo algo peor. Había sido orgullo de la administración de Obregón el haber podido sostenerse más de tres años sin el reconocimiento expreso del gobierno de Washington. Este vacío había servido para librar a Obregón de la presión de las reclamaciones. Y como el país, estaba contento con su gobierno, las rebeliones, organizadas desde Estados Unidos, no prosperaron contra el obregonismo, no obstante que no había nadie en Washington que defendiera sus derechos. Pero apenas Obregón se divorció del pueblo por su capricho de imponer a Calles, la preocupación, la necesidad del reconocimiento yankee se le hizo inaplazable. Al hacerse impopular no podría sostenerse sin el apoyo norteamericano.

Y aquí fué donde Washington tomó desquite. Para conceder el reconocimiento puso condiciones; por ejemplo, la derogación de las leyes agrarias en lo que hace a los intereses de yankees y el reconocimiento de la no retroactividad de las leyes de petróleo, en lo que afectasen a compañías extranjeras. La pretensión era inaudita porque Carranza, que expidió esas leyes, había sido reconocido por Washington y ahora se exigía de Obregón, que no las había aplicado, que además las derogase. Pero más grande era la necesidad que Obregón tenía de abrirse la frontera americana en materia de parque y armas para la lucha que sabía tendría que sostener para la imposición de Calles.

Llegaron a México los delegados del Departamento de Estado, señores Warren y Paine, y después de una prolongada serie de discusiones obtuvieron la firma de los tratados Warren y Pani, por el nombre del Ministro de Relaciones de Obregón que los aprobara, D. Alberto Pani. Redactados estos convenios en forma larga y difusa, según conviene a la interpretación del más fuerte, en esencia estipulan que, en caso de expropiación de tierras de

norteamericanos, "el pago de lo expropiado se hará en efectivo y no en bonos de la deuda agraria". El resultado inmediato de tal acuerdo era que ya no se pudiesen expropiar las tierras de los norteamericanos, porque no teniendo el gobierno efectivo disponible para las indemnizaciones, hubo de abstenerse de expropiar. Pero como los mexicanos y los españoles no estaban amparados por los Protocolos ya dichos resultó que la exención a favor de los americanos no sólo protegió sus tierras, sino que los puso en condiciones de adquirir, a vil precio, las tierras de los españoles y los mexicanos que las vendían, antes de verse desposeídos por los políticos. Esto es precisamente lo que quería el plan Poinsett: la desaparición del español como propietario de la tierra mexicana y, en seguida del español, la desaparición también del propietario mexicano. De suerte que fué Obregón quien dió el primer paso para la total transferencia de la propiedad raíz de México en provecho de los norteamericanos.

Tan inicua resultaba la disposición del convenio Warren y Pani, que al llegar al Senado el documento, halló oposición. El obregonismo se hallaba a la sazón empeñado en la campaña militar contra los sublevados delahuertistas, y Obregón, desde Ocotlán, conminó al Senado. Un día resultaron plagiados varios Senadores en plena capital de la República. Cierta mañana el Senador Field Jurado, que había opinado contra los tratados, fué asaltado frente a su casa y asesinado a mansalva por agentes del gobierno que siguieron paseando su impunidad, a ciencia y paciencia de los Tribunales. Obtuvo Obregón la victoria en los campos militares y el Senado ya no discutió los tratados Warren y Pani, que tampoco pasaron por el Consejo de Ministros ni se dieron a la Prensa; se les aprobó en la sombra y bajo el terror de la ley marcial.

La primera declaración de Calles, al reanudar, después de sofocar la rebelión, una campaña electoral irrisoria, fué en el sentido de que "ratificaba y aprobaba en lo personal, el texto íntegro de los tratados Warren y Pani". La recompensa norteamericana no se hizo esperar. Todo un cargamento gratuito de armas y municiones envió el Presidente Coolidge a Obregón y Calles en los días angustiosos de la rebelión delahuertista. Años

después, en un agrio cambio de notas, el mismo Coolidge echaría en cara a Calles su ingratitud por este servicio del gobierno yankee que le había valido la Presidencia. (Declaraciones de 25 de abril de 1927.—Prensa Asociada.)

Por lo que hace a las reclamaciones de los petroleros contra la ley Constitucional que declara el subsuelo propiedad de la nación, los tratados Warren y Pani, modelo de confusión buscada exprofeso, para disimular las claudicaciones en ellas consumadas, estipulan que "no serán violados los derechos de los concesionarios anteriores al año diecisiete" y en último término refieren los casos concretos a la resolución de una "Comisión de Reclamaciones" que, en seguida, quedó constituida por representantes de los dos países, pero dominada por supuesto, por la Embajada de Norteamérica. Quien lee los convenios no advierte, forma alguna áspera; se limitan a obtener como de favor derechos que, en suma, dejan sin efecto los preceptos socializantes de la Carta Constitucional vigente.

El sostenimiento de las dictaduras de los últimos años se ha estado pagando, por lo mismo, con jirones de la soberanía nacional. Todo un nuevo sistema de dependencia política arranca de los tratados Warren y Pani, aprobados por Obregón para hacerse de elementos a fin de derrotar al pueblo, que repudiaba a Calles como Presidente.

PLUTARCO ELIAS CALLES

Inició su régimen de asesinatos y prevaricaciones el general Calles, el 1º de diciembre de 1924. Llamó poderosamente la atención que excursionistas norteamericanos en número de más de cinco mil acudieran al Estadio Nacional para presenciar la entrega nominal del mando que Obregón hacía a Calles. A la toma de posesión de Obregón no habían concurrido los norteamericanos en masa. Ostensiblemente el mayor número de los que fueron a agasajar a Calles eran delegados de la "American Federation of Labor", pero no podía, no debía esta institución sentir mucho entusiasmo por un hombre como Calles, que, siendo Gobernador carrancista de Sonora, había ametrallado obreros en Cananea y que en mismo cargo había mandado asesinar al líder socialista Lázaro Gutiérrez de Lara, miembro de la "American Federation". Lo que ocurría por el fondo, es que todas las fuerzas secretas del poinsetismo, se habían puesto en acción para robustecer la figura macabra del hombre que había prometido, a sus íntimos, aplicar al pie de la letra las prescripciones de la Constitución del 17, es decir, el programa íntegro del poinsetismo, a saber: la eliminación de los propietarios rurales españoles y mexicanos, la agitación obrera en contra de las industrias poseídas por europeos y mexicanos, y la persecución de la Iglesia católica, persecución que aviva la discordia, imposibilita la unión de la familia mexicana.

Bajo un ambiente de terror se consumó el cambio de mando, pero el país sintió algún alivio el comprobar que Calles era un prisionero. Todo el gabinete había sido nombrado por Obregón y a Calles no le quedaría sino la sombra del mando. Son, sin embargo, peligrosas estas situaciones aun para el mismo que cree

usufructuarlas. Se conformó Calles, al principio, con ser un testaferro, pero con astucia aprovechó la debilidad de Obregón por el dinero, y lo dejó hacerse de grandes negocios. Extensiones enormes de tierras de Sonora y todo un ferrocarril (el de Yavaros), pasaron a manos de Obregón, por obra de contratos pergeñados en la Secretaría de Hacienda. El monopolio del garbanzo no sólo rindió a Obregón fuertes sumas, sino que acabó por hacerlo odioso a la gente de Sonora, su propio Estado. Pues compraba Obregón a los productores según el precio que previamente hacía bajar, mediante la elevación arbitraria de las tarifas de exportación. En seguida, ya que era dueño de toda la cosecha, la Secretaría de Hacienda, sumisa a su mandar, bajaba o retiraba los derechos aduanales. También, aunque pudo irle a la mano, dejó que Calles se ensañara en su política de persecución religiosa, a fin de obligar a los católicos a ponerse de su lado cuando después de violentar una reforma Constitucional, volvió a presentarse candidato a la Presidencia.

Se entabló, en general, una competencia de desprestigio y de crimen entre los dos hombres que regenteaban a su antojo el país, quedando ambos peor que en descrédito, pero pagando en definitiva el país, en ruina y sangre, la antipatriótica pugna.

Calles no podía nombrar a su propio secretario, pero tuvo manos libres para aplastar las libertades públicas por medio de una serie de atentados brutales y sin precedente, aun en país de tiranías como el nuestro. Con lujo de fuerza, cierto diario de la oposición fué asaltado por polizontes disfrazados de obreros. Uno o dos redactores fueron muertos a tiros y parte de la planta quedó destruída; la policia llegó tarde. Al día siguiente, se obligó al diario victimado a publicar la versión de que, "los sindicatos indignados por la política antiobrerista del periódico, eran los responsables del atropello". Nunca se dijo más del asunto. Personas de todas las clases sociales, por venganza ruin o por la menor sospecha de conspiración, eran sacadas de sus domicilios y llevadas a los cuarteles donde se consumaban las ejecuciones y se hacían desaparecer los cadáveres. A un joven acomodado de la ciudad de Monterrey lo había mandado fusilar Calles para demostrar "que también a los ricos sabía pegarles". Sobre la

ciudad de Monterrey puso el azote de su propia familia y de los más crueles jefes de armas. En visita que hizo a la metrópoli de nuestra industria, Calles injurió bajamente a la clase productora tildándola de judía, a la vez que él, conforme a sus compromisos secretos, abría las puertas a los judíos de Nueva York que se han apoderado del pequeño comercio y la pequeña industria del centro del país. La saña demostrada por el jefe del poinsetismo contra la ciudad de Monterrey parece explicable si se considera que es el único centro de la República en que fábricas, capitales, obreros y técnicos son exclusivamente mexicanos. Y no convendría al poinsetismo que toda la República se emancipase económicamente como Monterrey. El paso inmediato de la emancipación económica tendría que ser la emancipación intelectual y el retorno a lo hispánico. Contra todo lo tradicional se libraba guerra secreta, implacable. Y para poder desarrollar tal programa sin estorbos, se recrudeció el terror en todas sus formas. Tan usual llegó a ser la práctica de los fusilamientos consumados por toda clase de autoridades, a imitación del Presidente, que en cierta ocasión, el teniente jefe de la guarnición de una aldea oaxaqueña sacó de sus casas una noche a todos los regidores y los fusiló en el cementerio del pueblo. Al rendir su informe el teniente, se averiguó que había obrado conforme a una orden apócrifa teleografiada por un enemigo de las víctimas. Pero tanto agradó al Ministro de la Guerra callista, el "espíritu militar" demostrado por el teniente, que lo retiró de la región del crimen, para evitarle represalias y lo ascendió una vez concluida una farsa de proceso. Nadie estuvo seguro en su vida ni en sus bienes durante el régimen callista, ni el propio Obregón, según se vió a su tiempo. El tipo mismo de la autoridad cambió, pues a semejanza del Presidente de paja, los Gobernadores, los Generales, los mismos diputados, tomaron el tipo mal encarado del pistolero de alquiler.

Cuando los atropellos generalizados llegaron a herir a los norteamericanos, empezó la grito en Washington y el cruce de notas que engañó al Continente, pues en ellas aparecía Calles como defensor de la soberanía de México y de paso, según las agencias judío-capitalistas de Norteamérica, como defensor de

la soberanía del Continente latino. En realidad, lo que se preparaba era la claudicación petrolera. Pero movidas como por resorte oculto, las izquierdas, o sea el liberalismo acomodado, el jacobinismo rico de Europa y América, hicieron causa común con Calles, particularmente desde que comenzó a poner en práctica su anunciada y prometida ofensiva contra la Iglesia Católica.

El pretexto lo dió un asalto al templo católico de la capital, la Soledad. Rufianes de una organización gubernamental profanaron altares, echaron a correr a unas beatas; en seguida, con el pretexto de que se había alterado el orden, el templo fué clausurado; una semana después era entregado a un cura renegado que aseguró tener hecho un plan para crear una Iglesia católica, pero mexicana, independiente de Roma, algo como la Iglesia anglicana de Enrique Octavo; en el fondo, un capítulo del viejo plan agradable al poinsetismo. El cura réprobo, sin embargo, se quedó con su Iglesia vacía.

Siguió el atentado sobre los bienes eclesiásticos y se consumó la expulsión de más de doscientos sacerdotes españoles. La arbitraria eliminación del clero extranjero, lastima casi exclusivamente a los clérigos españoles, y priva al catolicismo mexicano de su mejor esfuerzo, del elemento acometivo y ardoroso. De ahí el empeño con que el poinsetismo persigue al clérigo español, desde los días de Morelos y de Hidalgo; desde que el gran Obispo Abad y Queipo tuvo que dejar desamparada la Iglesia Mexicana.

La expulsión de los clérigos españoles se consumó el quince de marzo de 1925. La Embajada americana, a cargo de Kellog, protestó aun ella por la inhumanidad del caso y porque entre los expulsados había uno que otro norteamericano. En Washington no se dió importancia a los sucesos. Las escuelas particulares en que se enseñaba religión católica fueron clausuradas; el número de párrocos fué limitado en forma de dejar sin cura comarcas enteras. Tan considerables fueron los atropellos y tanto irritaron al pueblo, que no tardó en producirse una sublevación general en el Centro del país. Al grito de "Viva Cristo Rey"; campesinos mal armados se pronunciaban contra la dictadura callista, que sólidamente establecida y bien armada fácilmente hizo carnicería en los rebeldes. Al mismo tiempo la rebelión fué

pretexto para que en todo el país, los atentados gubernamentales tomaran las formas más salvajes; mujeres de la mejor clase social fueron azotadas en público por generales callistas; otras fueron entregadas a la soldadesca para ser violadas; entre los hombres capturados se hizo gala de castigos y mutilaciones dignas del Africa. ¡Nunca había corrido en el país más sangre y nunca llegó el oprobio a tanto!

Sin embargo, en los Estados Unidos empezó a aparecer toda una literatura callista. Numerosos venerables de las distintas sectas protestantes cometieron el error de pretender justificar la persecución de Calles contra los católicos, sin querer comprender que ella era el preludio de una persecución general contra todos los cultos cristianos. Tal como luego se vió aunque tardamente.

Por su parte, la prensa judío-capitalista y radical de todo el mundo, desarrolló una labor de engrandecimiento de la oscura personalidad de Calles, propaganda que por sí sola, prueba que no era el pobre sirio-libanés que Obregón había colocado en la Presidencia el responsable directo de lo que hacía, sino el instrumento de fuerzas superiores a su propia desmedrada voluntad.

En Educación Pública la labor de Calles puede juzgarse con sólo comparar sus presupuestos, o sea las cantidades que dedicó a Educación; siempre fueron menos de la mitad de lo que dedicaba Obregón. El protestantismo volvió a ser, como en los días de Carranza, la orientación dominante. Remozada con un pseudo-socialismo, una imitación de bolchevismo dirigida más bien a la propaganda política que al estudio de las cuestiones sociales. Y lo que tanta falta hacía para sostener las escuelas que había dejado Obregón, se comenzó a emplear en subvenciones de escritores y diarios del extranjero. Ni las escuelas de agricultura, que en algunas partes del país levantó el callismo, han subsistido. Les ha faltado el espíritu; no se hacen escuelas sólo con cal y ladrillo; se hacen, sobre todo, con maestros, y los maestros nada pueden consumir bajo un régimen de inmoralidad y de brutalidad como el de Calles. La educación pública quedó, pues, enterrada de hecho. Y reducido aún más su esfuerzo, por el cierre

total de las escuelas privadas, católicas en su mayoría. El beneficio inmediato lo han reportado los colegios de la frontera de Texas, a donde los padres mexicanos pudientes mandan a sus hijas, si quieren darles alguna suerte de educación. Y las educan en inglés, con lo que se consume otra aspiración del poinsettismo a que tan fielmente sirvió Calles.

En el orden agrario Calles no introdujo reformas; según afirmó, se limitaba, en todo, a cumplir con la Constitución. El fetichismo de la Constitución desleal, fué uno de los dogmas callistas.

El sistema de propiedad erigido por la Constitución del 17, es modelo de astucia para la desposesión de los mexicanos, porque no reconociendo la ley propiedad absoluta, dejando el derecho de propiedad convertido en una tendencia subordinada *al bien público*, y estando encargado de interpretar el bien público un gobierno en que se turnan los dictadores zafios, resulta que todo el mundo puede ser expropiado, menos quien cuenta con apoyos gubernamentales o supergubernamentales; es decir, la protección de las Embajadas extranjeras. Bajo gobiernos más o menos prudentes, por ejemplo, el de Obregón, la iniquidad del precepto Constitucional pasa más o menos inadvertida, pero se hace patente cuando ejecuta el mando un Calles.

Para enriquecerse en persona y para contentar a sus amigos ávidos, inició Calles una serie de ocupaciones de tierras y expropiaciones que determinaron verdadero pánico. El propietario desposeído que no se conformaba, era acusado de cristero y de rebelde y solía ser fusilado. En las provincias, cada nuevo cacique imitaba la conducta de sus jefes de la capital. Y todo el que tenía algo tuvo que venderse, tuvo que doblegarse al callismo para subsistir... ¡Menos los extranjeros!

Hubiera sido natural después de los Tratados Warren y Pani, y así lo advirtió Mr. Warren en declaraciones que hizo en su oportunidad, que ya no hubiese más expropiaciones de tierras. Pues, dijo el mismo Warren, "al proteger a mis connacionales he salvado a los mexicanos, pues en lo de adelante no habrá gobierno tan poco patriota que se ponga a expropiar sin indemnización en efectivo, tierras de mexicanos, cuando no pueda hacer ya lo

mismo con las tierras de los yankees". No previó Warren la incalificable maldad del callismo. Pues ocurrió todo lo contrario de lo que imaginara. Nunca fueron más numerosas las expropiaciones arbitrarias de los propietarios mexicanos y españoles, que en tiempo de Calles. Y, naturalmente, esto mismo determinó que muchas tierras se presentaran en subasta en el extranjero, para salvar por lo menos, su precio irrisorio, de la codicia de los agentes gubernamentales. De todas estas tierras así derrochadas, ni un metro cuadrado quedó a favor de la educación o de la beneficencia. La Constitución del 17 conserva el precepto maldito de la Constitución juarista del 57, según el cual, las instituciones de caridad, los colegios, *no pueden poseer y administrar bienes raíces que produzcan rentas, sino únicamente hipotecas de no más de diez años de plazo*. En cambio, las compañías comerciales, los trust de Norteamérica, sí disfrutaban de vastas extensiones de tierras en el territorio de la patria de Juárez.

A las grandes empresas terratenientes las protegen sus gobiernos; al propietario medio mexicano, todo el mundo lo acosa, el colector de contribuciones y el político, y todo su derecho, por virtud de la ley misma, está a merced de una declaración gubernamental que lo llama "burgués" para mejor robarlo, y a pretexto de que debe dar tierras ya sea para ejidos, ya sea para fraccionamientos mal intencionados.

Las leyes agrarias señalan progreso verdadero en la reglamentación de los trabajos del campo, pues establecen horas limitadas, salario mínimo, prohibición de tiendas de raya y servicio escolar y de higiene. Se cumplen estas leyes con más o menos rigor, según que el propietario sea un particular mexicano desamparado, o un general con mando de fuerzas, o un extranjero intocable, pero algo es que estén escritas.

Otro aspecto favorable del caos agrario creado por la revolución es la crisis agraria que ha determinado el abandono de un gran número de las tierras que el gobierno de Porfirio Díaz había repartido en concesiones atrabiliarias. Se consideraba ya bajo la administración de Carranza que la extensión de tierras recobrada por el gobierno, por virtud de la cancelación de más

de doscientas concesiones, sumaba trece millones de hectáreas: pero la mayor parte de estas tierras se encuentran en territorios desiertos de la Baja California y Chiapas. Las tierras valiosas del país, en cambio, han pasado a manos de extranjeros, como no podía menos de suceder, dadas las condiciones ya explicadas. Según los cálculos del escritor judío Tanenbaum, apologista del callismo y portador de la medalla del "Águila Azteca", condecoración poinsetista creada por el Presidente yankee-mexicano Abelardo Rodríguez, la extensión de las tierras poseídas por extranjeros a consecuencia de la Reforma y la Revolución es de treinta por ciento del total en superficie y cuarenta por ciento *ad valorem*. Los datos que presenta en su libro "The Mexican Agrarian Revolution" distan mucho de ser exactos, según él mismo lo indica, pues es pública y notoria la dominación del capital norteamericano en ingenios azucareros y en todos los grandes cultivos. Y no puede ser de otro modo según las leyes malintencionadas que nos rigen y las prácticas todavía peores que padecemos.

Al final del gobierno callista, fecha de los datos del libro de Tanenbaum, solamente el cinco por ciento de la población rural había recibido en repartos agrarios el 2.64 por ciento del área total de la República. Únicamente un cuatro por ciento del área total de la República había pasado a pequeños propietarios particulares. Compárense estas cifras con la parte caída en manos del extranjero y se comprenderá el fracaso de la revolución en materia agraria. Se entenderá también el por qué de la tolerancia y aun la simpatía que ha encontrado Calles en ciertos sectores de la opinión norteamericana.

APARECE EL PROCONSUL

Antes de los dos años de gestión gubernamental, para mediados del 27, la situación de Calles era desesperada. Odiado de todos, incluso de los obreros que pretendía halagar; combatido abiertamente por los rebeldes católicos y metido en constantes disputas con Washington por los atropellos que cometían los generales en los bienes de los norteamericanos, el escándalo llegó a su máximo con motivo de la publicación de ciertos documentos

que los periódicos de Hearst adquirieron por medio de espías internacionales. Figuraba entre esos documentos la partida de la Tesorería con el traslado de un millón de pesos de Calles Presidente, a un su medio hermano Elías, que fungía de Cónsul en Nueva York. La sustracción de un millón de pesos no tenía nada de extraordinario. En los bancos extranjeros, desde tiempos de Carranza, han estado acumulando fortunas los funcionarios de la época, pero la campaña de prensa que acompañó a la revelación, el descontento profundo que existía, hicieron pensar que todo sería preludio de una revolución a la que, quizá el mismo Obregón, no era ajeno. Tan insegura sintió el mismo Calles su posición que, con sorpresa de sus mismos amigos, decidió el cambio de frente, y de héroe de la soberanía hispanoamericana que lo suponían unos cuantos bobos, se convirtió en el más dócil servidor de Washington, de cuantos Presidentes habíamos tenido. Mandó, en efecto, expresar al Presidente Coolidge que eran inútiles todas las campañas en su contra porque estaba dispuesto a ceder en todo lo que se le indicase. No se hicieron los sordos en el Departamento de Estado. Lo que más interesaba a Calles era la suspensión de la campaña de Hearst con motivo de los comprobantes del traslado del millón; lo que más preocupa a un bribón es recoger las pruebas de sus fechorías. En consecuencia, Calles pidió a Washington que se hiciera callar a Hearst. En los Estados Unidos esta pretensión resultaba difícil de satisfacer; allí no se hace callar como quiera a un periodista. . . *salvo cuando se esgrime una razón patriótica.* Hearst fué llamado a Washington y lo único que se hizo público después de su larga conferencia con el Departamento de Estado, es la declaración del propio Hearst que dijo: "Suspendo la campaña sobre los documentos mexicanos y retiro dichos documentos de la publicidad; entre ellos hay algunos que son falsos y otros no lo son, pero los hechos que los mencionados documentos delatan son todos exactos; sin embargo por patriotismo, he prometido no decir una palabra más del caso". Unos cuantos días después era nombrado Embajador de los Estados Unidos un alto empleado, un socio de la casa bancaria de Morgan, el Sr. Dwight Morrow, que empezó a jurar que ya nada tenía que ver con Morgan. Tan pronto co-

mo llegó Morrow a México se hizo pública e insistente propaganda acerca de la estrecha amistad improvisada entre Calles y el nuevo Embajador; se añadía que Calles había logrado convencer de todos sus puntos de vista al Embajador. El Embajador declaró que Calles era uno de los grandes estadistas de la época.

Lo que realmente ocurrió fué que el último punto de las exigencias de Washington contra el programa de la revolución había sido resuelto en favor de los Estados Unidos. La ley del petróleo quedó prácticamente derogada en lo que hace a los contratos otorgados en la época de Porfirio Díaz, que son todos los contratos importantes en la materia. La derogación no fué expresa como no lo fué la de la ley agraria. Todo lo contrario, el astuto Morrow se declaró desarmado ante la lógica de Calles; las leyes mexicanas, según dijo, eran justas y válidas, sólo que por vía de concesión amistosa a los Estados Unidos, el gran Calles se había dignado aceptar que todas las concesiones petroleras quedasen transformadas en alquileres por un período de noventa y nueve años; al final de estos noventa y nueve años, las compañías podrían disfrutar, a su elección, de otros noventa y nueve años; los términos del alquiler fueron los mismos de las viejas concesiones. *Y todo se anunció como un triunfo de la cancillería mexicana.* Y en opinión de los bribones y los imbéciles que nunca faltan en ningún cortejo, Calles siguió encarnando la soberanía del Continente. Pues cada vez que hacen una perrada, estas gentes del judío-izquierdismo mexicano, forzosamente han de embozarse en el manto de la pobre América Latina que los ignora. Al mismo tiempo, los periódicos de Hearst, que habían difamado en grande a Calles, comenzaron a cantar las alabanzas de su fortaleza de estadista. Las grandes propiedades que el propio Hearst retiene en Chihuahua, habían sido puestas bajo la protección del ejército, garantizadas, así, contra la amenaza de los pueblos que reclaman ejidos.

Consumada como queda dicho, la total entrega de Calles a los designios de Norteamérica, la preocupación primordial del Embajador Morrow fué consolidar en el poder indefinidamente a su dócil instrumento. Se aproximaban las elecciones que tendrían como resultado el regreso de Obregón al poder, pero Obre-

gón nunca fué popular entre los intervencionistas de hecho, porque era hombre de personalidad propia y no, como Calles, un tipo odiado, un personaje de ocasión y de uso cómodo. Contra la alianza Calles-Morrow se insurgió tímidamente el obregonismo. Pero Obregón se hallaba en decadencia moral y física. Aparte los negocios inmorales de que ya se ha hablado, su vida, que fué sobria mientras ejerció el poder, se había vuelto licenciosa en la espera larga de la ambición.

Sucesos inauditos habían marcado el comienzo de la campaña presidencial. En un principio había manifestado Obregón que no intentaría violar la Constitución presentándose candidato. Para tomarle la palabra, Calles mismo incitó a su compiche el general Arnulfo Gómez para que se hiciese candidato con la bandera de la no reelección. Era este Gómez, el socio de Calles en las matanzas ejecutadas durante su gobierno de Sonora. En lenguaje sin tapujos había prometido Gómez colocar a sus enemigos, dos metros bajo tierra; su ignorancia igualaba a su fría descarada ferocidad. Y asombra pensar que hallase gente que lo siguiera. Por otro lado, cierto grupo obregonista postuló candidato presidencial a Francisco Serrano, el ex Ministro de la Guerra de Obregón, un tipo de degenerado vicioso hasta la morbosidad, inteligente cuando se hallaba en su juicio, con ingenio de payaso, pues había sido comparsa de circo; en estado de ebriedad, en cambio, resultaba peligrosísimo; por gusto mataba choferes, mujeres públicas, amigos y enemigos. Se había desprestigiado, además, por no aceptar un duelo, siendo general o diciéndose general. En todo caso, también halló quien lo siguiera. Y ambas candidaturas sirvieron para evitar que surgiese la de algún hombre honorable. Pues convenía a los planes de Obregón y Calles desconceptuar la oposición encarnándola en verdugos de segunda, cuyas ambiciones el mismo gobierno alentaba. Y como ambos candidatos tenían fuerte arraigo entre sus congéneres numerosos del ejército, pronto se empezó a hablar de sublevaciones. ¡Esto era lo que quería Obregón!

Engañado Serrano por falsos amigos, se le llevó a Cuernavaca, se le hizo creer que era llegada la hora del golpe de Estado y tras de un simulacro de alzamiento, fué capturado y fusi-

lado cruelmente, con diez o doce compañeros en el camino de la capital de Morelos. Los generales y coroneles encargados de consumar los asesinatos llevaban órdenes expresas de Obregón, que se instaló en Chapultepec para dirigir las matanzas. Calles, en la ocasión, se limitó a rubricar los despachos que determinaban la muerte. Ni las ropas y las alhajas de Serrano y socios escaparon a la codicia de la oficialidad, que todo se lo repartió. En seguida los ascensos premiaron el invicto esfuerzo. La historia detallada de cómo se verificaron las ejecuciones, se transformaron las órdenes y se repartieron los relojes y los anillos de las víctimas, consta en una revista de gran circulación de 24 de agosto de 1935, publicada en México. La mayor parte de los jefes y oficiales que intervinieron en la ejecución de los serranistas, estaban todavía, en aquella fecha, en el escalafón de nuestro ejército.

Por su parte el asesino del general Gómez estuvo a punto de ser Presidente de la República, en la sublevación del año 29. Pues a Gómez lo mató el Divisionario Escobar en condiciones todavía más terribles que las de Serrano. Parece que Gómez no quería sublevarse y sólo procuró hallar refugio entre guarniciones que creía adictas, mientras se desarrollaba la inconsulta sublevación de Serrano. Perdido Serrano, Gómez tuvo que huir por las selvas. Capturado por su amigo y compadre Escobar, pidió a éste por única merced que le dejara hablar por teléfono con Calles, el Presidente de la República. "No puede fusilarme, decía Gómez, no puede hacerlo porque él mismo me aconsejó que me lanzara de candidato para evitar el retorno de Obregón". Se había olvidado Gómez de que Calles era un testaferro que en ese instante se hallaba estrechamente vigilado por su amo. Se negó Calles a la conferencia telefónica y por orden expresa de Obregón, sin oposición de Calles, el Gral. Gómez fué fusilado. Escobar ascendió a divisionario después de la hazaña que le abría el camino de la presidencia, según la tradición pretoriana. El escarmiento consumado en la persona de sus dos rivales, dejó a Obregón sin obstáculos para la violación constitucional que debía hacerlo Presidente. La Constitución fué reformada con la anuencia de Calles. Y todo el mundo esperaba el retorno de

Obregón; esperaba este retorno con cierto alivio la gente, no obstante las matanzas monstruosas que acababan de consumarse, porque en dicho retorno se veía el medio de acabar con la asquerosa y terrible situación creada por Calles.

En el campo había rebeldes. Eran, en su mayor parte, católicos de los llamados cristeros, que exigían un cambio en las leyes religiosas, y ex revolucionarios que todavía soñaban con la posibilidad de purificar la revolución, pero a todos faltaba un caudillo.

Y Obregón confiaba en atraerse a los católicos. Al efecto, declaró que "aunque respetuoso de la Constitución, él había sabido conformar a todos los partidos durante su presidencia", insinuando que haría lo mismo al volver y que las leyes aplicadas rigurosamente por Calles serían echadas en olvido. Esta declaración lo mató. Desde que se hizo pública, todas las fuerzas que apoyaban al callismo por causa de su saña anticatólica, se pusieron en juego contra Obregón. Al fin y al cabo, Obregón era mexicano y podía dolerse de la guerra civil religiosa; interesaba a los enemigos de México que un descastado como el "Turco" mantuviese activa la discordia sangrienta. Y durante meses no se habló sino de complots gobiernistas para matar a Obregón, para impedirle que tomara posesión. Pronto quedó señalado como el más decidido de los complotistas el jefe de la Confederación obrera callista y sucedánea de la "American Federation of Labor", el señor Morones. Y alguien se adelantó o alguien obró con singular maestría, el hecho es que Obregón fué asesinado durante un banquete en San Angel por el caricaturista León Toral, ferviente católico que, sin duda, no imaginó a quién iba a beneficiar su heroico sacrificio.

La muerte de Obregón ocurrió en julio de 1928. La fracción más importante del ejército quedó sin cabeza al desaparecer Obregón. Y Calles, temeroso de la venganza de los obregonistas, entregó a éstos el proceso de León Toral, que fué salvajemente torturado por los principales funcionarios obregonistas sin resultado alguno para las averiguaciones. Y a fin de alejar más de sí las sospechas, Calles, bien aconsejado por su amigo el Embajador Morrow, dirigió a la nación su mensaje de Sep-

tiembre 1º de 1928, comprometiéndose a "no figurar como candidato en la campaña presidencial a que obligaba la muerte de Obregón, Presidente electo, y a *retirarse de la vida pública*".

Pero los diputados, los militares acostumbrados a obedecer, no podían conformarse con el retiro de aquél a quien muchos de ellos debían la mal habida fortuna. Una renovación de la política nacional habría echado fuera de los cargos públicos no sólo a Calles sino a todo el callismo, a los diputados, los senadores, en su mayoría pistoleros de aldea, más desprestigiados en sus respectivas localidades que el amo que los encumbrara. Además, en la Embajada se profesaba la tesis de que todo debía sacrificarse a la "continuidad de la situación creada por Calles". Lo que Morrow quería era un gobierno de callistas comprometido de antemano, no únicamente a respetar lo convenido con él, sino a abstenerse de comentarlo, de publicarlo siquiera. Y así fué como la mayoría o la unanimidad de la Cámara eligió Presidente Provisional a un sujeto llamado Emilio Portes Gil, abogado de una escuela ilegítima, ex diputado, ex agente de Victoriano Huerta convertido a la revolución por la vía del callismo y naturalmente muy exaltado radical y socialista y callista. Lo primero que hizo el nuevo designado fué declarar a Calles su maestro. Y cuando el país se preguntaba de qué era maestro Calles, sin quererlo, todo el mundo pensaba en la maestría con que se consumó la desaparición violenta de Pancho Villa, de Lucio Blanco, de Serrano y Gómez, de tanto rival y enemigo deshechos sin piedad y al amparo de una impunidad vergonzosa.

Y así como Calles había gobernado bajo la presión de Obregón y con gabinete nombrado por Obregón, ahora el interino Portes Gil, oscuro abogado sin alianzas políticas, empezó a gobernar con gabinete que Calles impuso y sólo a Calles obedecía. Y comenzó a crearse un curioso sistema de gobierno de presidentes de paja, sometidos a un dictador irresponsable y de hecho absoluto que los aduladores comenzaron a llamar el Jefe, el "Jefe Máximo", el Jefe de la Revolución, por encima de Presidentes peleles, Ministros sin crédito, Gobernadores y diputados de hecho.

No faltaron serviles para quienes todo el poder lo ejercía el Jefe Máximo; en realidad, no había tal jefe máximo, sino que

todos obedecían las órdenes del Embajador Morrow que con indiscreción propia del fuerte, comenzó a opinar por la prensa, sobre toda clase de asuntos, y a intervenir hasta en los detalles de la administración pública. Durante mucho tiempo el Ministro de Hacienda de Calles, un tal Montes de Oca, perito contador, estuvo tomando el acuerdo, directamente de la Embajada yankee, a donde concurría cada semana para conferenciar con los "expertos" de la Embajada y recabar los acuerdos del Embajador. Era la primera vez que las finanzas de México se decidían de esta suerte en una Embajada extranjera, y a esta política se le llamó "un triunfo diplomático, una conquista de la amistad y el acercamiento con el país vecino". Tan inocente llegó a parecer a todos esta renuncia de la soberanía mexicana, que la situación, lejos de conservarse secreta, fué proclamada. Así lo hizo un ayudante de Morrow, el coronel Mac Nabb, en discurso pronunciado durante la campaña a senador por New Jersey del indicado Morrow. El Departamento de Estado de los Estados Unidos advirtió la indiscreción y mandó callar a Mac Nabb. En México, los voceros del callismo han labrado mármoles en memoria de Morrow, el Poinsett más eficaz del siglo veinte. Varias calles de nuestras ciudades han adoptado su nombre.

Triunfo notorio de Morrow fué la adquisición que de todas las plantas eléctricas del país consumó la "Electric Bond and Share". No hubo en el caso ignorancia porque el candidato a la Presidencia de los independientes, don José Vasconcelos, denunció la operación durante las semanas en que se ejecutaba. El gobierno pudo evitarlo, sino hubiese estado subordinado el Procónsul. El pueblo aplaudía a Vasconcelos cuando denunciaba el traspaso de los bienes nacionales al extranjero, pero no supo refrendar sus aplausos cuando llegó la hora de hacer respetar el voto que hizo Presidente a Vasconcelos. No se consumó la rebelión prevista y anunciada por el candidato. Prefirieron algunos esperar otra elección en que sí se respetara el voto. . . Aún están esperando.

No sólo las finanzas manejó Morrow; también la política interior.

Plan de Morrow fué el llamado Pacto Religioso, según el cual se engañó la credulidad de los obispos mexicanos desterra-

dos en los Estados Unidos, con motivo de las persecuciones callistas. Se comprometieron los obispos a dar por terminada la rebelión cristera, y, en efecto, hicieron que la mayor parte de los rebeldes depusiesen las armas; reconocieron y aceptaron los obispos las leyes callistas o sea los reglamentos a la Constitución expedidos por Calles, y aun se arrancó a los prelados una declaración de paz y de excusas para el mismo que había hecho morir a tanto católico. Todo a cambio *de la promesa de Morrow de que cesaría la persecución y se echarían en olvido, como en tiempo de Obregón, de Carranza y de Díaz, las leyes más rigurosas contra el clero*. No se cuidaron los señores obispos de exigir garantías para los jefes rebeldes que deponían las armas, fiados en su consejo eclesiástico. A medida que éstos se presentaban sometidos, las fuerzas del gobierno los mataban sin escrúpulos. Y como de los convenios no hubo nada escrito, siguió todo como antes, salvo que algunos señores obispos lograron restablecerse en sus Diócesis a salvo de riesgos, mediante el reconocimiento de la legitimidad de la infamia.

Acompañaba Morrow la destrucción del clero católico con un exhibicionismo calculado de la doctrina y los pastores de los protestantes. Pretextando la inauguración de cierto asilo, la señora del Embajador, activa "social worker" se presentó acompañada de clérigos protestantes. La prohibición era en los Estados Unidos, la ley y a la vez el símbolo de la ideología metodista, y el joven Presidente Interino, gran amigo y discípulo de los maestros Calles y Morrow, daba en Chapultepec banquetes en que se brindaba, *con agua helada a estilo protestante*. Una hija de Calles se casó también conforme al rito extranjero, y con un nacional de los Estados Unidos.

Se desarrollaba, entre tanto, una farsa de campaña electoral para el nuevo período presidencial vacante. Y había aceptado la postulación de los independientes el C. José Vasconcelos, ex Ministro de Educación Pública de Obregón y veterano maderista. La había aceptado, no porque creyese que un gobierno como el de Calles pudiese reconocer los efectos de una votación libre, sino para dar el ejemplo y para preparar el terreno a una rebelión nacional que echase fuera del gobierno a

toda la bastardía callista. En aldeas y ciudades, de Sonora a la capital, el pueblo acudió en masa en apoyo del candidato independiente, no obstante los continuos atropellos gubernamentales que costaron vidas en cada visita a un poblado. El Embajador Morrow molesto por algún discurso del candidato independiente, hizo declaraciones afirmando estar seguro del triunfo del candidato oficial. Pero sucedía que ni los del gobierno estaban seguros respecto de su candidato, pues postulado primero el protestante Sr. Sáenz, su candidatura fué retirada, pese a su parentesco con Calles, y reemplazada por la candidatura de un señor Ortiz Rubio, que del servicio diplomático lejano, fué llamado para improvisar una popularidad que dejaba tras de sí la huella de sangre derramada por los pistoleros del gobierno.

Y cayeron en plena capital de la República víctimas tan ilustres como el estudiante del Campo, y en los Estados, los jefes de Club, Celis, Quiñones, y tantos otros. El candidato en persona escapó varias veces al atentado, pero siguió hasta el fin su campaña cívica.

Poco antes de las elecciones los obregonistas que postulaban al abogado don Gilberto Valenzuela, convencidos de que no habría respeto al sufragio y, a la vez, de que no les favorecerían los votos, por lo mismo que eran residuos del obregonismo, recurrieron a la sublevación. Importantes contingentes del ejército, pronunciados contra Calles y Portes Gil, ocuparon plazas del Norte, como Chihuahua, Torreón, Monterrey y proclamaron jefe de su movimiento al general Escobar, el mismo que meses antes había decapitado a uno de los candidatos a la Presidencia. Naturalmente un movimiento así no podía triunfar. Los vasconcelistas no lo secundaron y el gobierno de Portes Gil derrotó a los rebeldes con auxilio de aviones yankees que cruzaron la frontera por El Paso y bombardearon en Jiménez a los escobaristas. Escobar huyó refugiándose en el Canadá, con una gruesa suma en oro acuñado.

Y se llegó a las elecciones, a fines de noviembre de 1929. Una semana antes de la elección, el partido que apoyaba a Vasconcelos, hizo desfilar a sus afiliados por todas las ciuda-

des y aldeas de la República. Se demostró así el número de votantes dispuestos. El día de la elección se presentaron los mismos afiliados a depositar sus votos en las urnas.

La víspera, la Secretaría de Guerra, a cargo del Ministro callista Joaquín Amaro, había ordenado a todos los contingentes militares, guarniciones y escoltas que apoyasen a los agentes del partido oficial, que se posesionaron de las mesas electorales, expulsaron de ellas a los vasconcelistas y levantaron actas, declarando el triunfo del candidato oficial. ¡Cumplieron todos con la consigna! El candidato independiente se declaró a sí mismo Presidente Electo. Invitó a la rebelión en el Plan de Guaymas y no fué seguido. Tuvo que convertirse en prófugo; se retiró a los Estados Unidos. Hallándose en los Estados Unidos y como siguiere incitando a la rebelión, el gobierno de Portes Gil dió una orden a todas las oficinas fronterizas para que se impidiese la entrada de Vasconcelos a México. Por su parte, los amigos de Calles en Estados Unidos, la prensa imperialista y los amigos de Morrow hicieron tal presión, que Vasconcelos tuvo que abandonar también a los Estados Unidos, dirigiéndose a la América del Sur, para continuar desde allí su prédica rebelde.

Entre tanto, la indignación popular no cedia. Con ocasión de la toma del mando de Ortiz Rubio, un patriota le asestó un tiro en la cara. Estuvo inválido Ortiz Rubio mucho tiempo, pero él que mandaba era Calles. Una noche hizo sacar de sus domicilios a cerca de cuarenta ciudadanos sospechosos de vasconcelismo, hombres de todas las clases sociales, de todas las edades, y los hizo ejecutar en Topilejo, en el fatídico camino de Cuernavaca, cerca de donde habían construido residencias palaciegas, Calles y Morrow, los pashás del Nuevo Régimen.

En Nueva York, los banqueros socios de Morrow, habían dado el cómputo de la elección presidencial mexicana, a las once del día de las elecciones, es decir, varias horas antes de que en México pudieran ser cerradas legalmente las ánforas. Las cifras precisas se publicaron, sin embargo, en Wall Street, de acuerdo con cálculos improvisados varios días antes de las elecciones por un seudopartido oficial titulado el Partido Nacional

Revolucionario. Según tal cómputo, el desconocido y mal reputado Ortiz Rubio había obtenido cerca de dos millones de votos; un candidato comunista, del gobierno, había asegurado, según la invención oficial, cuarenta mil votos, y el candidato independiente, que había pasado multitudes ante la cinta cinematográfica de los corresponsales extranjeros, recibió la limosna de un reconocimiento de doce mil votos.

Es de advertir que los corresponsales extranjeros recibían unánimemente sus instrucciones, cada mañana, en la Embajada de los Estados Unidos.

El sistema de gobierno por el proconsulado se había establecido.

El mismo Calles, como se vió poco después, era un Jefe Máximo de Opereta. El verdadero poder lo ejercía con habilidad por los intereses de sus poderdantes y de su nación, el ex socio de Morgan, Don Dwight Morrow, Embajador, y abogado, millonario y banquero. ¡El consumidor de la obra de Poinsett!

EL PELELISMO

No supo el pueblo apoyar con las armas el voto que le había sido defraudado en los comicios. Y el que legalmente resultara Presidente electo tuvo que convertirse en protesta viva prolongando su exilio por diversos sitios del extranjero. Y la nación quedó ensombrecida como en los días en que los aztecas consumaron, en términos análogos, la expulsión de Quetzalcóatl, el civilizador, para reemplazarlo con los ejecutores de Huicholobos. Sometida a un régimen sin autoridad moral y sin capacidad, forzosamente la dirección de la cosa pública quedó sujeta a las inspiraciones directas de la Embajada de los Estados Unidos. Fungió de Presidente de paja el malherido Ortiz Rubio, como antes lo había hecho Portes Gil, y aunque la adulación empezó a llamar a Calles el "Jefe Máximo de la Revolución" suponiendo que era él quien dirigía a los presidentes que el pueblo empezó a llamar los "Presidentes Peleles", en realidad también el Máximo estaba subordinado a los tratados de Bucareli y a la política económica y hacendaria del banquero y diplomático Mister Morrow. Cada vez que el poderoso Embajador llegaba a la República o salía de ella, el Ejército se movilizaba para darle honores y escolta como al jefe real de la nación. Le agradecían los del gobierno el apoyo prestado en armas y elementos en la lucha contra el pueblo; los hombres de negocios lo cortejaban y ni siquiera se disimulaba la influencia avasalladora del Procónsul. El espíritu de rebelión había muerto.

Este país, dijo una vez Vasconcelos a un general que le rehusaba apoyo armado; este país ha hecho cien revoluciones para encumbrar caudillos del tipo Santa Anna, y hoy que pretendo hacer respetar el sufragio, no hallo cien hombres que

quieran acompañarme a la Sierra. Y preguntaron algunos militares al candidato derrotado que los excitaba: ¿Cuenta usted con el apoyo de los Estados Unidos? Y Vasconcelos respondía Porque no cuento con ese apoyo, por eso cada mexicano debería aprestarse a sostenerme. Y no halló más eco que la indiferencia y la burla. La juventud, que había sido vasconcelista, desertó en parte, pasándose a las filas de un hipócrita pseudo-comunismo criollo que servía de pretexto para obtener prebendas gubernamentales y aun posiciones dentro del partido oficial a que habían combatido. Los católicos también se desentendieron del candidato que apoyaron en las elecciones para iniciar trabajos de agitación parcial que más bien fortalecían el régimen de la imposición, puesto que suponían su reconocimiento.

Ya no hubo en lo adelante ni disimulo para imponer en los puestos electivos, lo mismo gobernadores que diputados exclusivamente a los agentes del Partido Oficial. Cada uno de los empleados públicos fué despojado de una parte de su salario para sostener los gastos de la organización política que reconocía por jefe aparente a Calles, no al Presidente Pelele en turno. Todas las autoridades emanaron de la designación de la pandilla que Calles dirigía. El leguleyo sin honra, el demagogo sin escrúpulos, el pistolero alcoholizado, el militar sin gloria, fueron ocupando los puestos todos de la administración.

El desastre financiero no se hizo esperar. Con el pretexto de la devaluación de la moneda se recogió todo el oro que formaba la base monetaria y se le cambió por papel. Y el metálico pasó a los depósitos de los funcionarios en el extranjero. Bajó el cambio un cincuenta por ciento y quedó el país privado de toda su existencia de metal amarillo. La descarada maniobra fué aclamada como un triunfo, como un precedente que el mundo no tardaría en imitar. Hubo, en efecto, desvalorización en otros países. pero a la inversa, es decir, con el objeto de atesorar. nacionalizar el oro. El callismo lo lanzó al extranjero pretextando que en lo de adelante ya no tendría valor como moneda.

Los ministros celebraban acuerdos, no en la Presidencia sino en la casa particular de Calles. A su vez, Calles visitaba al Embajador.

quieran acompañarme a la Sierra. Y preguntaron algunos militares al candidato derrotado que los excitaba: ¿Cuenta usted con el apoyo de los Estados Unidos? Y Vasconcelos respondía Porque no cuento con ese apoyo, por eso cada mexicano debería aprestarse a sostenerme. Y no halló más eco que la indiferencia y la burla. La juventud, que había sido vasconcelista, desertó en parte, pasándose a las filas de un hipócrita pseudo-comunismo criollo que servía de pretexto para obtener prebendas gubernamentales y aun posiciones dentro del partido oficial a que habían combatido. Los católicos también se desentendieron del candidato que apoyaron en las elecciones para iniciar trabajos de agitación parcial que más bien fortalecían el régimen de la imposición, puesto que suponían su reconocimiento.

Ya no hubo en lo adelante ni disimulo para imponer en los puestos electivos, lo mismo gobernadores que diputados exclusivamente a los agentes del Partido Oficial. Cada uno de los empleados públicos fué despojado de una parte de su salario para sostener los gastos de la organización política que reconocía por jefe aparente a Calles, no al Presidente Pelele en turno. Todas las autoridades emanaron de la designación de la pandilla que Calles dirigía. El leguleyo sin honra, el demagogo sin escrúpulos, el pistolero alcoholizado, el militar sin gloria, fueron ocupando los puestos todos de la administración.

El desastre financiero no se hizo esperar. Con el pretexto de la devaluación de la moneda se recogió todo el oro que formaba la base monetaria y se le cambió por papel. Y el metálico pasó a los depósitos de los funcionarios en el extranjero. Bajó el cambio un cincuenta por ciento y quedó el país privado de toda su existencia de metal amarillo. La descarada maniobra fué aclamada como un triunfo, como un precedente que el mundo no tardaría en imitar. Hubo, en efecto, desvalorización en otros países. pero a la inversa, es decir, con el objeto de atesorar, nacionalizar el oro. El callismo lo lanzó al extranjero pretextando que en lo de adelante ya no tendría valor como moneda.

Los ministros celebraban acuerdos, no en la Presidencia sino en la casa particular de Calles. A su vez, Calles visitaba al Embajador.